

Handke

Alianza Ensayo sobre el jukebox editorial



Peter Handke

Ensayo sobre el jukebox

Traducción de Eustaquio Barjau
con la colaboración de Susana Yunquera

Alianza editorial

Índice

Ensayo sobre el jukebox

Créditos

Dar tiempo al tiempo
(Expresión española)

And I saw her standing there
(Lennon/McCartney)

Con la intención de empezar por fin un ensayo sobre el *jukebox*, algo que llevaba planeando desde hacía mucho tiempo, en la estación de autobuses de Burgos él se sacó un billete para Soria. Las rampas de las que salían los coches estaban en un patio interior cubierto; por la mañana, al salir a un mismo tiempo varios autobuses en dirección a Madrid, Barcelona y Burgos, estaban aún llenas de gente; en estos momentos, a primera hora de la tarde, en el semicírculo estaba sólo el autobús que iba a Soria, con unos cuantos pasajeros, más bien solos, sin formar grupos, y abiertas las trampillas del portaequipajes, casi vacío. Cuando él le pasó su maleta al conductor –¿o al cobrador?–, que estaba fuera, de pie, éste le dijo «Soria», y al mismo tiempo le tocó suavemente el hombro. El viajero quería sacar aún algo más del carácter de aquel lugar, y hasta que el motor se puso en marcha estuvo yendo y viniendo por el andén. La vendedora de lotería, que desde por la mañana había estado merodeando por entre la multitud, ya no se dejó ver más en la estación desierta; él se la imaginó comiendo en algún sitio, junto al mercado de Burgos, con un vaso de vino tinto en la mesa y el fajo de billetes de lotería de Navidad. En el asfalto del andén había una gran mancha negra; el tubo de escape de un autobús, que ahora había desaparecido, debió de haber estado soplando allí durante mucho tiempo, hasta tal punto era gruesa aquella mancha negra, cruzada por las huellas de muchas suelas, distintas unas de otras, y por ruedas de maletas: también él cruzó esta mancha, adrede, para añadir a las otras la impronta de su suela, como si con ello pudiera producir un buen presagio para su propósito. Lo extraño de todo aquello era que él, por una parte, intentaba convencerse a sí mismo de que aquel *Ensayo sobre el jukebox* era algo secundario u ocasional y que, por otra parte, ante la perspectiva de tener que escribir, sentía angustia y, sin él quererlo, buscaba refugio en agüeros y señas favorables –aunque luego no confiaba en ellos en ningún momento, sino que más bien, como ocurría ahora, se lo estaba prohibiendo en aquel mismo instante, con un comentario sobre la superstición tomado de los *Caracteres* de Teofrasto, que él estaba leyendo en aquel viaje:

la superstición, según este autor, es una especie de cobardía ante lo divino. Sin embargo, a pesar de todo, la impronta de estas muchas suelas, tan distintas unas de otras, junto con los signos cambiantes de las marcas de los zapatos, que se superponían unas a otras, blanco sobre negro, y que desaparecían de repente más allá del círculo que había formado el humo, eran una imagen que él podía llevarse para continuar el viaje.

También el hecho de que iba a ser precisamente en Soria donde él se pondría a trabajar en el *Ensayo sobre el jukebox* era algo que había sido planeado desde hacía tiempo.

Empezaba diciembre, y la primavera anterior, volando sobre España, en una revista había dado con un reportaje sobre esta ciudad de la meseta castellana, apartada del mundo. Soria, se leía, por su emplazamiento, lejos de las vías de comunicación, casi fuera de la historia desde hacía prácticamente un milenio, es el lugar más tranquilo y más callado de toda la península; en el núcleo urbano, decía la revista, y también fuera de la ciudad, solos, en el páramo, hay varios edificios, con esculturas románicas que se han conservado hasta nuestros días; a pesar de su pequeño tamaño, la ciudad de Soria es una capital, la ciudad más importante de la provincia del mismo nombre; en Soria, se decía, a principios del siglo xx, como profesor de francés –recién casado y luego viudo al poco tiempo–, vivió Antonio Machado, un poeta en cuyos versos se reflejan muchos detalles de la región; se decía que los zócalos de Soria, que está a más de mil metros de altitud, están bañados por el Duero, en su curso alto, un río que avanza aquí muy lentamente y en cuyas orillas –pasando junto a los álamos llamados «sonoros» por Machado (*álamos cantores*)¹, debido a los *ruiseñores*² que están en su espeso ramaje, y atravesando las paredes de roca, que, estrechándose, se convierten una y otra vez en gargantas–, según las ilustraciones gráficas que acompañaban el reportaje, largos caminos llevan a lo virginal e inviolado del paisaje.

Con el *Ensayo sobre el jukebox* él tenía el proyecto de explicarse a sí mismo el significado que este chisme había tenido en las distintas etapas de su vida –una vida que ahora era larga, él ya no era joven–. En relación con esto, casi ninguno de sus conocidos, a quienes él en los últimos meses –como en una especie de juego de investigación de mercado– había preguntado por esta máquina, había sabido nada que decir de ella. Los unos, entre ellos

naturalmente un cura, se habían limitado a encogerse de hombros y a negar con la cabeza que una cosa así pudiera tener algún interés; los otros tomaban el *jukebox* por una máquina para jugar, y otros ni siquiera conocían la palabra, y sólo creían saber de qué se les estaba hablando cuando oían «musicbox» o «caja de música». Pero precisamente este desconocimiento y esta indiferencia –después del primer desengaño, una vez más, de que no todo el mundo tuviera experiencias parecidas a las que tenía él– eran lo que le incitaba a meterse en este tema, o en este proyecto, tanto más porque parecía que en la mayoría de los países, y en la mayoría de los pueblos y las ciudades, la época de los *jukebox* estaba ya bastante pasada (además tal vez él mismo iba saliendo poco a poco de la edad de estar delante de máquinas automáticas y de apretar teclas).

Naturalmente, antes él había leído lo que llaman la bibliografía sobre los *jukebox*, con la intención evidentemente de olvidar enseguida la mayor parte de lo leído; al escribir, lo que debía importar era lo que uno mismo ha visto con sus propios ojos. De todos modos no había demasiado sobre esto, y la obra fundamental, por lo menos hasta el momento, era probablemente la *Complete Identification Guide to the Wurlitzer Jukeboxes*, aparecida en 1984 en Des Moines, muy lejos, en el medio oeste americano; autor: Rick Botts. Lo que el lector de la historia del *jukebox* había retenido era, en definitiva, más o menos lo siguiente: en la época de la ley seca, en la América de los años veinte, en las tabernas clandestinas, los *Speakeasies*, se instalaron por primera vez las máquinas automáticas para escuchar música. No se sabe de cierto de dónde viene la palabra *jukebox*, si de *yute* o del verbo *to jook*, que debe ser de origen africano y significaba «bailar». Como sea, en aquel tiempo los negros, después del trabajo en los campos de yute del sur, se encontraban en los llamados *jute points* o *juke points* y allí, por un níquel, oían en las máquinas automáticas a Billie Holliday, Jelly Roll Morton, Louis Armstrong, que en las emisoras de radio, todas ellas propiedad de los blancos, no se hacían oír nunca. La edad de oro de los *jukebox*, dice este libro, empezó con la abolición de la ley seca, en los años treinta, cuando por todas partes surgieron bares; incluso en establecimientos comerciales, como tiendas de tabaco y peluquerías, había entonces tocadiscos automáticos; debido a la falta de espacio, no eran más grandes que las cajas registradoras, plantados junto a

ellas en el mostrador. Este primer florecimiento terminó con la guerra mundial, cuando fueron racionados los materiales con los que se fabricaba el *jukebox*, sobre todo el plástico y el acero. La madera sustituyó al metal, y luego, en plena guerra, toda la producción se orientó hacia el armamento. De este modo, entonces, los fabricantes de *jukebox*, Wurlitzer y Seeburg, construyeron plantas de máquinas que servían para desmontar el hierro para los aviones y para piezas de maquinaria eléctrica. Otra historia fue la de la forma de los musicbox: ellas debían hacer que éstos «sobresalieran del entorno, no siempre multicolor». En consecuencia, el hombre más importante de la casa era el diseñador: mientras que en Wurlitzer la estructura fundamental era algo así como un arco de circunferencia, Seeburg empleaba por regla general cajas rectangulares con cúpulas en la parte superior, y ahí parecía que la norma era que cada modelo nuevo no debía apartarse demasiado del anterior, con el fin de que éste fuera aún reconocible en aquél; por esta razón, se lee, un *jukebox* especialmente nuevo, en forma de obelisco, que arriba, en vez de una cabeza o una llama, tenía un cuenco, con el altavoz dentro, desde el cual la música se dirigía al techo, acabó siendo un fracaso total. De ahí que las únicas variantes que entraban en consideración fueran las relativas al modo como la máquina despedía la luz y las que tenían que ver con las partes del marco: un pavo real en el centro del aparato cambiando de color continuamente; las superficies de plástico, hasta aquel momento simplemente de colores, imitaban ahora el mármol; los listones decorativos, que hasta entonces habían imitado el bronce, ahora eran cromados; los arcos de los cantos, nuevos, en forma de tubos luminosos transparentes, cruzados continuamente por burbujas, grandes y pequeñas; «firmado: Paul Fuller» – con lo que el lector y observador de esta historia de formas supo al fin también el nombre de sus héroes más importantes y se dio cuenta de que, ya desde el primer asombro de entonces, en un momento u otro, ante una cosa tan grande como aquélla, que resplandecía con todos los colores del arco iris, en algún oscuro cuarto de atrás, sin que él fuera consciente de ello, había querido saber este nombre.

El viaje en autobús de Burgos a Soria iba en dirección este, atravesando la meseta, casi desierta. Era como si en el autobús, a pesar de los muchos asientos vacíos, se hubiera reunido más gente que en ningún otro lugar de

fuera, de todo el altiplano, en el que no había ningún árbol. El cielo estaba gris y brumoso; los pocos campos que había entre rocas y barro estaban en barbecho. Una muchacha joven, como ocurre normalmente en los cines españoles, o en los paseos, con cara seria y grandes ojos soñadores, partía y mascaba pipas sin parar; durante este tiempo iba cayendo al suelo una lluvia de cáscaras; un grupo de muchachos, con bolsas de deporte, iban a la parte delantera del coche a llevarle al conductor casetes con la música que a ellos les gustaba y éste no tenía inconveniente alguno en ponerlas en lugar del programa de radio de la tarde, y sonaban por el altavoz que se encontraba sobre cada pareja de asientos; la única pareja de viejos que había en el autobús estaban sentados, mudos y sin moverse, y el hombre no parecía ni enterarse cada vez que, al pasar, uno de los chicos, sin querer, le daba pequeños golpes; incluso cuando uno de los jóvenes, que se había puesto de pie al hablar y había salido al pasillo, en sus discursos se apoyaba en el respaldo del viejo y gesticulaba delante de su cara, éste lo soportaba sin inmutarse y ni siquiera echaba a un lado el periódico, cuyos bordes se movían en la corriente de aire que producía el que braceaba sobre él. La muchacha, que se había apeado, iba luego sola por una cima pelada, con el abrigo echado sobre los hombros, por una estepa que parecía no tener caminos, sin una sola casa a la vista; en el suelo del asiento que ella había dejado, un montón de cáscaras, menos de las que uno hubiera esperado. Luego, en el altiplano se dibujaron espacios intermedios formados por encinares luminosos; los árboles, pequeños como arbustos; el follaje seco, gris, llenaba estos árboles, temblando, y después de un puerto casi imperceptible –en español, como supo el viajero por un diccionario de bolsillo, hay una misma palabra para puerto de mar y puerto de montaña–, la frontera entre la provincia de Burgos y la de Soria; reservas forestales de pinos de un marrón resplandeciente, que echaban sus raíces allí arriba, en las peñas; muchos de ellos, además, como después de una tormenta, un poco arrancados de la escasa tierra, o desgarrados; después de lo cual, a ambos lados de la carretera, estas cercanías volvían a alejarse para dar paso al páramo, que era lo que allí dominaba; a intervalos cruzaban el camino las vías, oxidadas, a menudo tapadas ya con alquitrán, de la antigua línea de ferrocarril que unía las dos ciudades; las traviesas, cubiertas de hierba, o desaparecidas ya del todo. En

uno de los pueblos –invisible desde la carretera, detrás de cerros rocosos– al que, por múltiples curvas, se dirigía el autobús, que luego, cuando estaba aún más vacío, para dar la vuelta tuvo que dar marcha atrás, el letrero indicador de una calle, que colgaba suelto, pegaba contra la pared de una casa; detrás de la ventana del bar del pueblo lo único que se veía eran las manos de los que jugaban a las cartas.

En Soria hacía frío; más frío que en Burgos, un tiempo gélido en comparación con San Sebastián, abajo, junto al mar, por donde el día anterior él había llegado a España. Pero no caía la nieve que él había esperado que cayera aquí –como acompañante de su empresa, por decirlo así–, sino que chispeaba. En la estación de autobuses, por la que corría el aire, él apuntó inmediatamente los horarios de salida para Madrid, o por lo menos para Zaragoza. Fuera, en la carretera que pasa junto a la ciudad, entre pequeñas casas derruidas, construcciones inacabadas que sobresalían y la estepa de cascotes (que a él normalmente le gustaba) –bajo las ruedas, salpicaduras de la fina capa de barro–, el estruendo de los grandes camiones, que parecía que estuvieran enganchados unos a otros, todos con matrícula española; en una ocasión, viendo entre ellas una placa inglesa, y además un eslogan en la lona, que él entendía sin necesidad de traducirlo antes, por unos momentos se sintió literalmente en casa. De un modo parecido, anteriormente, en una estancia, más larga, en una ciudad española extraña como ésta, donde alrededor de él nadie entendía ninguna otra lengua que no fuera el español ni tampoco había periódicos extranjeros, a veces él buscaba refugio en un restaurante chino que había allí, donde, si bien aún se enteraba menos de lo que se decía en aquella lengua, sin embargo se sentía a salvo de aquel español exclusivo, concentrado en un solo sitio.

Empezaba a oscurecer, dejaban de verse claramente los perfiles de las cosas. Como letreros indicadores, sólo los que señalaban las direcciones a ciudades lejanas, como Barcelona y Valladolid: de este modo, con una maleta que pesaba mucho –hacía ya tiempo que iba de un lado a otro y quería quedarse en Soria hasta entrado el nuevo año–, andaba calle abajo; muchas veces había tenido esta experiencia: el centro urbano, justamente en estas ciudades españolas invisibles casi a primera vista, estaba en algún lugar de la parte baja, escondido en valles de ríos que se habían secado, detrás de zonas

esteparias, sin casas. Por lo menos esta noche él iba a quedarse aquí; ante todo –de hecho él sentía esto como una especie de obligación–, dado que ahora estaba allí, debía asegurarse del lugar, tenía también que hacerle justicia (en aquel momento, cambiando de mano la maleta cada tres o cuatro pasos, evitando una y otra vez a los naturales del país, que empezaban ya su ufana marcha en línea recta, no lo consiguió), y además, por lo que hacía a su *Ensayo sobre el jukebox*, tenía todo el tiempo, para esto y para todo lo demás –cosa que él, como hacía muchas veces y como para convencerse a sí mismo, se decía una y otra vez, en esta ocasión con un verbo griego tomado de la lectura de Teofrasto: *S-cholazo, s-cholazo*.

Mientras estaba haciendo todo esto él pensaba sólo en la fuga. Este y aquel amigo, a él, que llevaba ya unos añitos vagando de un lado para otro sin casa, le había ofrecido su segunda vivienda, o su tercera casa, para su proyecto, ahora, a principios de invierno, vacías, con el silencio y la tranquilidad que las rodeaban, y al mismo tiempo con la civilización acostumbrada, sobre todo la lengua de la niñez, que era lo que le movía (y a un tiempo le tranquilizaba), preparado junto al horizonte, al que en cada momento se podía llegar a pie. Sin embargo, sus ideas de fuga excluían todo regreso. Un entorno en el que se hablara alemán, ahora ya no entraba en cuestión para él, ni siquiera, por ejemplo, La Rochelle, donde hacía unos cuantos días él se había sentido en su sitio como extranjero, a la vista del gran Atlántico, de las casas bajas y claras, de los muchos cines, las calles laterales sin gente, la torre del reloj, junto al viejo puerto, que le recordaba a G. Simenon y los libros de este autor, la acción de los cuales tenía lugar allí, con el francés, que se hablaba por sí solo; ni siquiera San Sebastián, con su aire mucho más caliente y su bahía semicircular, abarcable toda ella con la vista – junto al golfo de Vizcaya, que a menudo se ponía furioso–, donde por la noche, delante mismo de sus ojos, el agua de la marea espumeaba corriente arriba en los márgenes del Urumea, el río vasco –en el centro, en cambio, las ondas del río se dirigían hacia el mar–, y en un bar, aunque apagado, frío, como si llevara años sin funcionar, había estado un *jukebox*, fabricación española, tosco, casi sin diseño. Tal vez era una fuerza imperiosa lo que le llevaba a prohibirse estas fugas, a desandar lo andado –lo único que se podía hacer era seguir alejándose, a través del continente–, y quizás era una fuerza

imperiosa también lo que hacía que, después de un tiempo de haber estado solicitado por otras cosas, ahora, sin obligaciones ni vínculos, pensara que, para ponerse a escribir, si es que esto tenía una justificación, debía exponerse cada vez, en toda regla, a un ambiente inhóspito que precisamente tuviera aún que dominar, a una situación extrema que llegara a amenazar incluso la vida de todos los días, con el agravante además de que, junto con la cuestión de escribir, tenía que exponerse a una segunda cosa, a una especie de exploración o medición de cada uno de los lugares extraños y a meterse solo, sin profesor, en una lengua que, para empezar, tenía que ser lo más desconocida posible.

Por lo que hace a la fuga, sin embargo, ahora él no quería huir sólo de esta ciudad sino también de su tema. Cuanto más se acercaba a Soria, el lugar en el que él se había propuesto escribir, más nimio le parecía el tema del *jukebox*. En aquellos días precisamente estaba terminando el año 1989, cuando en Europa, de día en día y de país en país, todo parecía cambiar de un modo tan maravillosamente fácil, que él se imaginaba que alguien que hubiera estado un tiempo sin noticias del mundo –encerrado voluntariamente en un trabajo de investigación, por ejemplo, o sin consciencia, durante meses, después de un accidente–, luego, al leer el primer periódico, hubiera pensado que estaba leyendo una edición especial en la que se fingía que, de la noche a la mañana, los sueños de los pueblos sometidos y separados del continente se habían hecho realidad. Este año, incluso para él, que provenía de la ausencia de historia y de una niñez y una juventud casi sin vida, todo lo más paralizada, año de acontecimientos históricos (y con sus jubilosas celebraciones, que hacían que la gente llevara la cabeza muy alta), fue el año de la historia: por una vez, parecía como si ésta, junto con sus otras formas, pudiera ser también un cuento que se cuenta solo, el más real y eficaz, el más celeste y a la vez el más terrestre de todos los cuentos. Unas cuantas semanas antes, un conocido suyo, nervioso ante el viaje que iba a hacer al muro, que de repente se había abierto, donde él, «como fuera», quería ser «testigo de la historia», le había insistido a que viajara con él, de este modo los acontecimientos «serían testificados por uno que era competente en imágenes y lenguaje», ¿y él?... de un modo instintivo, retrocediendo literalmente asustado, había aplazado su «trabajo, estudio del material, preparación de uno

mismo», sin pensar (sin duda con la imagen de que a la mañana siguiente, junto con la foto que aparecería en el periódico decisivo, el que sostiene el estado, correctamente enmarcada, vendría la primera entrega de poemas de los testigos poéticos de la historia, y a la mañana del día siguiente a éste el primer texto para ser cantado). Y ahora, ya que por lo visto la historia, como el gran cuento del mundo, de la humanidad, continuaba, se contaba y ocurría como por arte de magia, día tras día (¿o simplemente se trataba de una variedad de la antigua historia de terror?), él, aquí, muy lejos, en esta ciudad rodeada de estepas y desiertos rocosos, sorda a la historia –ante los televisores, que ahí sonaban por todas partes, que luego, no obstante, en un silencio general, dieron, una sola vez, una noticia de la ciudad, la de un muerto al desplomarse un andamio–, quiso probarse en un tema tan apartado del mundo como era el del *jukebox*, una cosa para «prófugos del mundo», como él se decía a sí mismo ahora; un simple juguete, según la bibliografía, seguramente «el más querido por los americanos», pero sólo por el breve lapso de tiempo de aquella «fiebre de la noche del sábado» que hubo después de la guerra. ¿Había en aquel momento, en aquel ahora en el que cada día era una fecha histórica, alguien más ridículo, más empecinado que él?

Del todo en serio no se estaba tomando él estos pensamientos. De un modo completamente distinto le resultaba incómodo hasta qué punto su pequeño proyecto parecía contradecir lo que en el curso de los años ocurría de un modo cada vez con más fuerza y más urgencia en lo más hondo de sus sueños nocturnos. Allí, en la profundidad del sueño –esto lo experimentaba él de un modo vigoroso y lo seguía pensando después, cuando estaba despierto–, su ley se le mostraba como imagen, imagen tras imagen. Aquellos sueños contaban, y, aunque era sólo en fragmentos monumentales que a menudo pasaban al habitual sinsentido del sueño, le contaban de un modo imperioso una epopeya que abarcaba el mundo entero, una epopeya de guerra y de paz, cielo y tierra, oeste y este, crimen y asesinato, opresión, exaltación y reconciliación, palacios y tabernas, selvas vírgenes y palacios de deportes, desaparecer y volver a casa, uniones triunfales entre gente totalmente extraña y amor matrimonial sacramental, con innumerables personajes, no obstante con perfiles nítidos, desconocidos que le eran familiares, el vecino que iba cambiando con las décadas, los hermanos que estaban lejos, astros del cine y

políticos, santos y muñecos, los antepasados, que seguían viviendo transformados en los sueños (tal como habían sido en la realidad), y, siempre de un modo renovado, los niños, el niño de los niños como uno de los personajes principales. Por regla general, allí él no salía nunca, era simple espectador y oyente. La misma fuerza de ley que tenían las imágenes la tenían también los sentimientos allí; algunos de ellos no los experimentaba nunca cuando estaba despierto, como por ejemplo el respeto ante un simple rostro humano, o el arrobamiento ante el azul de sueño de una montaña, o incluso la credulidad (allí también era un sentimiento) ante nada menos que el «yo-aquí»; bien es verdad que otros los conocía, pero aquella condición de pureza y ejemplaridad para él sólo la tomaban con el carácter sensible del sueño épico que abrasa por completo al que duerme: del mismo modo como entonces, en lugar de gratitud sentía *la* gratitud, así también *la* compasión, *la* condición de niño, *el* odio, *el* asombro, *la* amistad, *la* tristeza, *el* abandono, *el* miedo mortal. Una vez despierto, como ventilado por tales sueños e invadido por sus aguas áridas, sentía cómo mucho más allá de él vibraba el ritmo que él tendría que seguir con la escritura. ¿Y ocurría que una vez más, no por primera vez, aplazaba él este asunto en favor de algo secundario? (Eran aquellos sueños los que le hacían dudar de esto, no tenía a nadie más a quien remitirse.) Y el hecho de que pensara que, estando como estaba sin residencia fija, sólo podía ponerse a hacer trabajos ocasionales –en definitiva, en las novelas cortas de Simenon, por ejemplo, escritas la mayoría de ellas en habitaciones de hotel, en el extranjero, tampoco había apenas regusto épico–, ¿no era esto otra vez un reproche del sueño, una de las coartadas que él utilizaba durante más tiempo del que debía? ¿Por qué al fin no fijaba de una vez su residencia en algún sitio, daba igual dónde fuera? ¿No se daba cuenta de que su estar de viaje, muchas y muchas veces no era más que un andar errante de un lado para otro? Antes, cuando el *Ensayo sobre el jukebox* era sólo una primera idea, como posible lema le rondaba por la cabeza una frase de Picasso: los cuadros los hace uno como los príncipes a sus hijos, con las pastoras de ovejas. Según él, nunca copia uno el Panteón, nunca pinta uno un sillón Luis XV, sino que uno hace cuadros con una cabaña del Midi, con una cajetilla de tabaco, con una silla vieja. Pero luego, cuanto más se acercaba la realización, menos transferible a un objeto de escritura le parecía la frase del

pintor. Demasiado prepotentes, demasiado exclusivos, y también demasiado contagiosos (con el anhelo de traducirlos a una lengua adecuada), comenzaban los sueños épicos, y además, como ya sabía desde que era joven, para su constante extrañeza, ahora, en torno al equinoccio de invierno, noche tras noche, de un modo exclusivo, por decirlo así, seguros y de fiar; ya con la primera imagen de la duermevela se abría la gran puerta de la narración, y ésta se escandía ya ante él durante toda la noche. Y además: ¿qué tenía que ver una cosa como el *jukebox* –plástico, cristal de colores, latón cromado– con una silla o con una cabaña en el campo? –Nada–. ¿O bien algo?

Él no sabía de ningún pintor en cuya obra, aunque sólo fuera como algo accesorio, saliera un *jukebox*. Ni siquiera los artistas del *pop-art*, con su mirada que ampliaba todo lo fabricado en serie, todo lo no original, todas las cosas secundarias, pensaron que era digno de ponerlo entre lo que ellos miraban. Ante unos cuantos cuadros de Edward Hopper, con sus figuras solitarias en los bares nocturnos de la tierra de nadie urbana, él tuvo casi una alucinación de esto: como si las cosas estuvieran ahí, pero como si el pintor las hubiera quitado, una mancha vacía luminosa. Sólo un cantante le venía a él a la mente, Van Morrison, al cual le había correspondido «para siempre el roncar del *jukebox*», pero incluso esa frase, que es una forma de decir en el modo de hablar del pueblo cuando algo es «agua pasada», estaba también «pasada de moda».

Y además: ¿por qué él, a lo que había que decir de este tema se lo imaginaba como un libro, aunque fuera un libro diminuto? ¿Ocurría que en su imaginación a lo que estaba destinada la cosa libro, era a reflejar, frase tras frase, la luz natural, a reflejar el sol que lo cubre todo, pero no a algo así como la descripción de la luz artificial con la que los cilindros giratorios de un aparato eléctrico invaden de luz crepuscular la oscuridad? (Esto era al menos lo que correspondía a su imagen de un libro, una imagen que venía de lejos y de la que él no se podía liberar.) En consecuencia, un escrito breve como éste, ¿no era más bien algo para un periódico, para el suplemento gráfico del fin de semana sobre todo, en las páginas nostálgicas, junto con las fotos de colores de modelos de *jukebox*, desde muy antiguo hasta ahora?

Llegado a este punto de sus cavilaciones, dispuesto a dejar sin más todo aquello en lo que había estado pensando en los últimos meses («calla sobre

aquello que te es caro y escribe sobre aquello que te enoja y te provoca»), decidido antes que nada a seguir disfrutando sin más de su tiempo, sin hacer nada y mirando a su alrededor, en el continente, de repente sintió un extraño placer en el posible sinsentido de su proyecto –¡libertad!–, y al mismo tiempo la energía para ponerse a hacer este Casi-Nada, si bien, a ser posible, en algún sitio que no fuera esta ciudad de Soria apartada del mundo.

Para la única noche que él pensaba pasar allí encontró una habitación en un hotel que llevaba el nombre de un rey español de la Edad Media. Casi todos los lugares extranjeros que, mientras estaba en camino, a primera vista le habían parecido nimios y apartados, luego, al ir él de acá para allá, se habían ampliado de un modo misterioso y se habían revelado como una parte del mundo; «¡qué ciudad tan grande!», exclamaba él atónito cada vez, e incluso: «¡qué pueblo tan grande!». Pero Soria, a cuyas callejuelas él se abandonó en el atardecer lluvioso, ni siquiera se extendió cuando salió de la ciudad y, a través de la oscuridad, subió a tientas a la colina del antiguo castillo; ninguna avenida destellante; el lugar, nada más que unas cuantas paredes pálidas en el ángulo de las callejas, esta noche, incluso cuando él luego vagó de bar en bar –todos ellos, ya temprano casi vacíos, animados ahora por las melodías de reclamo que sonaban una y otra vez en las máquinas automáticas de juegos de azar–, le daba la impresión de una pequeña ciudad centroeuropea, familiar y conocida hasta la saciedad, sólo que con más negro en su radio –el óvalo, abandonado en invierno, de la plaza de toros–, y circundada de negrura. Aquí ya no había nada, éste era su prejuicio, que se pudiera descubrir y crear. Para empezar, sin embargo, estaba bien andar sin equipaje. En la primera fila de libros del escaparate de una librería había sólo obras de Harold Robbins –¿y por qué no?–. Y en una plaza lateral, hacia medianoche, brillaban y se balanceaban, como haciendo señas, las hojas dentadas de los plátanos, que estaban mojadas. Y en las taquillas en las que se vendían entradas, en los cines, que se llamaban REX y AVENIDA, las ventanillas eran casi invisibles, como sólo ocurre en España, junto a las amplias fachadas de la entrada; daban directamente a la calle y en ellas, medio recortado por los marcos, se veía siempre un rostro que parecía ser el de la misma vieja. Y el vino no tenía sabor alguno a pequeña ciudad. Y el dibujo de las losas de las aceras de la ciudad de Soria eran cuadrados

encajados unos dentro de otros, con los ángulos redondeados, ¿mientras que en la ciudad de Burgos el adoquinado correspondiente a esas losas eran almenas? Y la palabra española para *Gleichmut* era *ecuanimidad*. Y él se hacía una letanía con esta palabra, alternándola con la palabra griega que significa tener tiempo.

En el sueño salían cien personas. Un general, que era a la vez traductor de Shakespeare, se pegaba un tiro, de pena que le daba el estado del mundo. Una liebre corría campo a través, un pato nadaba río abajo. Un niño desaparecía a los ojos de todos. Los habitantes del pueblo, por lo que se oía decir, morían de hora en hora, y el cura tenía que emplear todo su tiempo en enterrarlos. (Curioso el papel que tenía en los sueños el oír decir –ni se decía ni se oía, simplemente atravesaba silenciosamente los aires.) La sangre de la nariz del abuelo olía a piel mojada de perro. Otra vez un niño que tenía como nombre de pila «Espíritu». Alguien proclamaba, ahora gritando, la importancia que tiene escuchar en nuestro tiempo.

Al día siguiente –el tiempo seguía siendo lluvioso y, según el periódico, Soria volvía a ser la provincia de España en la que más frío hacía– dio un paseo de despedida por la ciudad. Sin habérselo propuesto, de pronto estaba ante la fachada –por las dimensiones y las piedras de arenisca luminosas, a menudo redondeadas por el viento, se sentía inmediatamente la edad– de Santo Domingo. Qué sacudida, de confianza, le invadía ante los edificios románicos, una sacudida con la que él inmediatamente sentía en sí las proporciones de estos edificios, en los hombros, las caderas, las plantas de los pies, como su cuerpo más propio, su cuerpo escondido. Sí, corporeidad, ésta era la sensación con la que él ahora, tan despacio como podía, describiendo un arco, se dirigía a esta iglesia, que tenía la forma de una caja de grano. Ya en el primer momento, ante la fina articulación de la superficie y de los arcos de medio punto metidos en ella, habían pasado a él unas palabras de Borges, «la fraternidad de lo bello», y al mismo tiempo, sin embargo, fue presa del miedo de que en aquel mismo momento, por decirlo así, él incorporara en sí el Todo, y decidió aplazar la partida, hacia donde fuera, para el atardecer y volver otra vez antes de marcharse, cuando sobre las esculturas hubiera cambiado la luz del día. Lo primero que hizo fue limitarse a investigar las variaciones de las imágenes que formaban grupos, que inmediatamente se

hicieron queridas y familiares. Las variaciones estaban (ahí sin necesidad de que él tuviera que estar buscando mucho tiempo), como ocurría siempre con las esculturas románicas, y se le aparecieron una vez más como los signos distintivos secretos del lugar. Aquí, en Soria se mostraban incluso hasta donde llegaba la vista: el ángulo de caderas con el que Dios Padre, solícito, ayudaba a ponerse de pie al recién creado Adán; la manta casi lisa en una parte –en otras representaciones, completamente ondulada– bajo la cual dormían los tres Reyes Magos; la hoja de acanto, en forma de concha, del tamaño de un árbol, alzándose detrás de la tumba vacía del Resucitado; en semicírculo, sobre el portal (en un perfil de almendra, el Padre, sonriendo amablemente, con el Hijo sobre las rodillas, sonriendo también y extendiendo el brazo para coger el grueso libro de piedra), los animales que simbolizan a los evangelistas, esta vez no acurrucados en el suelo sino en el regazo de ángeles, y así no sólo el león, que parece que acaba de nacer, y el toro novillo, sino incluso la gran águila... Al marcharse, rápidamente, miró por encima del hombro alrededor de él, desde lejos, y de este modo vio la caja cincelada –tanto más claro lo que se había quedado vacío–, con la expresión de Karl Valentin, estar «al aire libre»: de ésta la construcción, tan ancha como baja (todos los bloques de viviendas de alrededor eran más altos), con el cielo sobre ella, a pesar de los camiones que pasaban atronando, daba literalmente la representación ideal; la construcción, tan distinta de las rígidas fachadas de alrededor, aparecía como un juguete, activo justamente en su calma –jugaba. Y él pensaba que entonces, hacía ochocientos años, por lo menos en Europa, durante toda una época-de-formas, la historia de los hombres, tanto la de cada uno como la de todos, tenía que haber sido maravillosamente clara. ¿O era tan sólo la apariencia de esta forma que lo penetra todo (no de un mero estilo)? ¿Pero cómo se había llegado a una forma tan regia como infantil y tan compenetrada?

Soria, esto se veía ahora claramente a la luz del día, estaba entre dos colinas, una cubierta de bosque y otra pelada, en una hondonada que descendía al Duero; éste pasaba junto a las últimas casas, aisladas unas de otras; al otro lado, una gran extensión de tierra rocosa. Un puente de piedra llevaba allí; por él pasaba la carretera que iba a Zaragoza. Junto con los arcos de los pilares, el recién llegado acogió el número de éstos. Se levantó una

suave brisa y las nubes se movían. Abajo, entre los álamos desnudos, un perro, nervioso, perseguía las hojas que, ahora aquí, ahora allí, se levantaban en remolinos. Los juncos estaban hundidos en la oscuridad del agua, únicamente sobresalían las pocas mazorcas. El extraño –¿extraño?, al que el carácter de este lugar había dejado entrar– tomó la dirección contraria a la del paseo del poeta Machado y anduvo río arriba, por un camino de tierra cruzado por raíces de pino. Silencio; corriente de aire en las sienes (en una ocasión él imaginó que una de las firmas que se ocupan de estas cosas ofrecía una esencia especial para que con ella la piel de estas partes del rostro sintiera el más mínimo soplo que las rozara como la cifra y el compendio –¿cómo habría que llamarlo?– del Ahora).

Volviendo del vacío, en el bar que había junto al Duero y que llevaba el nombre de «Río» –un gitano joven detrás del mostrador–, él tomó un café. Unos cuantos pensionistas, que, según el diccionario, en español se llaman «jubilados», veían el programa de televisión de la tarde; todos ellos, sin excepción, admirados y entusiasmados. El tráfico de fuera, los coches y camiones que iban a lugares alejados, hacían temblar los vasos y las tazas entre los dedos de todos. En un rincón había una estufa de hierro cilíndrica que apenas le llegaba a uno a la rodilla, que se estrechaba en la parte superior y tenía estrías verticales; en el centro un elemento decorativo que parecía una concha de peregrino; por la abertura, que estaba abajo, salía el brillo incandescente del fuego. Del suelo, embaldosado, subía el olor del serrín que habían esparcido aquella misma mañana.

Fuera, en la carretera, subiendo montaña arriba, él pasó junto a un saúco cuyo tronco tenía el grosor de una secoya; las ramas, cortas, luminosas, una miríada de arcos que se entrelazaban unos con otros y montaban unos sobre otros. No era ninguna superstición; incluso sin este tipo de imágenes o signos: él se quedaría en Soria y, tal como lo había planeado, se pondría a trabajar aquí en su «ensayo». Entretanto él quería recibir todo lo que pudiera de las mañanas y los atardeceres de esta pequeña ciudad, tan fácilmente abarcable con la vista. «¡No, de aquí no me marcho hasta que la cosa no esté lista!» En Soria él miraría cómo volaban por el aire las últimas hojas de los plátanos. Además, en el paisaje reinaba ahora aquella luz clara y oscura – como si irradiara desde abajo, de la tierra– que desde siempre le había

animado a apartarse inmediatamente a un lado y a escribir, escribir, escribir – sin ningún tema concreto, o si se quiere incluso sobre algo así como un *jukebox*. Y quería ir allá fuera, a la inmensidad, por la que uno aquí, apenas había salido de la ciudad, ya se encontraba rodeado –¿en qué metrópolis ocurría esto?–; allí iba a ir todos los días antes de sentarse a trabajar, para buscar el silencio que su cabeza iba necesitando cada vez más conforme se hacía mayor, y, afinado por este silencio, las frases deberían luego tomar forma; pero después se abandonaría al estrépito de la ciudad, además de a sus rincones más tranquilos; ningún pasaje, ningún cementerio, ningún bar, ningún campo de deportes podía pasar desapercibido, con la cualidad propia de cada uno de ellos.

Pero luego se vio que en aquel momento en España coincidían varios días festivos –época de viajes–, y de este modo en Soria no había habitaciones hasta el comienzo de la semana siguiente. En realidad esto le pareció bien a él; así podría volver a aplazar el comienzo, como solía hacer siempre, y además, obligado como estaba, para esquivar provisionalmente la situación, a irse a otra ciudad, saliendo de aquí y regresando se haría una imagen de la situación de Soria, tan sola en la meseta, desde otros puntos cardinales, no sólo desde uno, el oeste, desde Burgos –él imaginaba que esto sería útil para lo que iba a venir. Según esto, tenía dos días de tiempo, y decidió pasar el primero en el norte y el segundo en el oeste, las dos veces en lugares que estuvieran ya fuera de Castilla, primero en Logroño, en la región vinícola de La Rioja, luego en Zaragoza, en la región de Aragón: esto era ante todo lo que le marcaba el itinerario de los autobuses. Pero para empezar se sentó en uno de los restaurantes españoles que se encuentran en habitaciones traseras de la casa, donde se sentía cobijado porque uno allí podía estar para sí mismo y, no obstante, a través de los tabiques, que tenían el espesor de tablas de madera, y la puerta corredera, que a menudo estaba abierta, podía enterarse de lo que ocurría fuera, en el bar, donde, televisión y máquinas automáticas de juego incluidos, casi siempre había mucho movimiento.

Sólo una monja estaba con él, a media tarde, en el autobús que iba a Logroño. Llovía, y en el tramo que pasa por el puerto que hay entre las dos regiones el viaje parecía atravesar la nube de la lluvia más importante; aparte los velos grises de esta nube en los cristales, no se veía nada más. En la radio

del autobús sonó entonces el «Satisfaction» de los Rolling Stones, una canción a la que, como casi a ninguna otra, le iba muy bien a aquel «roncar del *jukebox*» y que era de las pocas que a lo largo de las décadas habían aguantado en los *jukebox* de todo el mundo (que no habían sido cambiadas); «una canción estándar», pensaba uno de los viajeros –mientras que el otro, en un hábito negro de monja, a la sonoridad de la guitarra de Bill Wyman, que llenaba el espacio y parecía ordenar atención, conversaba con el conductor sobre el accidente que hacía una hora había ocurrido en una obra, mientras él comía en el cobijo de su habitación trasera, en una calle lateral, junto al restaurante, con dos muertos bajo las barras de hierro y el hormigón reciente. Luego por la radio siguió «Ne me quitte pas», de Jacques Brel, el canto en el que uno suplica a la amada que no lo abandone, de nuevo una de las pocas canciones que, por decirlo así, constituyeron los clásicos del *jukebox*, por lo menos según las averiguaciones que él había hecho en los países de lengua francesa, por regla general en la escala que hay en la última columna de la derecha, que es como algo intocable (allí donde, por ejemplo, en los musicbox austríacos se encontraba las más de las veces la llamada música popular, y en los italianos, de vez en cuando, las arias y los coros de ópera, sobre todo «Celeste Aida» y el coro de prisioneros de *Nabucco*). Pero lo extraño era ahora, seguía pensando el viajero, que el salmo del cantante belga, que salía de lo más profundo, que era casi únicamente una voz que cantaba, de un modo franco y sin reserva alguna, personal –«¡lo digo yo, y te lo digo a ti solamente!»–, no pareciera en absoluto adecuado para una máquina automática, colocada en un sitio público, que funcionaba con monedas, y en cambio sí lo fuera ahora aquí, en un autobús casi vacío, en las curvas que pasaban por un puerto que pronto alcanzaría los dos mil metros de altitud, atravesando la lengua gris de una tierra-de-nadie-de-niebla-y-llovizna.

El dibujo de las baldosas de las aceras de Logroño eran racimos de uvas y pámpanos, y la ciudad tenía un cronista oficial que además tenía todos los días unas páginas en el diario *La Rioja*. En lugar del Duero, por aquí pasaba el Ebro, en su curso alto; en vez de por fuera, rodeando la ciudad, por en medio de ella; la parte nueva de ésta, como de costumbre, a la otra orilla. Largas cornijas de nieve bordeaban el gran río, y, a la segunda vez que se las miraba, se veía que eran espuma que se balanceaba, espuma que se había

formado por las industrias, y en las fachadas de las casas altas, tanto a este lado del río como al otro, en la lluvia del atardecer, se balanceaban las tiras de las sábanas blancas. Aunque en Soria había visto algo parecido y aunque Logroño, abajo, en el llano de viñedos, con un aire sensiblemente más suave, a la luz artificial del tiempo libre se revelaba como una ciudad amplia y elegante, con sus avenidas y soportales, él, de repente, imaginando la población invernal de allí detrás, en lo alto de la meseta, donde apenas había pasado una noche y medio día, sintió algo así como el tirón de la nostalgia del hogar.

Zaragoza, al día siguiente, al sureste, aún más abajo, en el amplio valle del Ebro, tenía en las aceras, como motivo ornamental, líneas serpenteantes que describían amplias curvas y que, esto es lo que él pensaba, representaban los meandros del río; y a él, de hecho, después de los primeros extravíos, habituales ya en España, en busca del centro, le pareció una ciudad real, como correspondía además al nombre del club de fútbol. Aquí él hubiera podido leer diariamente periódicos extranjeros, hubiera podido ver, como sólo es posible en una capital, las películas de actualidad, algunas incluso probablemente en su versión original, y los fines de semana hubiera podido estar presente en las ocasiones en las que el equipo real de aquí juega contra el otro de Madrid; coge la pelota –llevaba en el equipaje unos pequeños prismáticos– Emilio Butragueño en persona (con un traje de deporte que siempre está limpio, en medio del fango), a quien en cierta ocasión se le pudo creer cuando, preguntado por un reportero sobre si el fútbol era o no un arte, contestó: «Sí, en algunos momentos». En el teatro de la ciudad ponían Beckett; para ir allí la gente sacaba entradas como en las taquillas de los cines, y en el Museo de Bellas Artes, ante los cuadros de Goya, cuyos años de aprendizaje los había pasado aquí, él hubiera podido ir a buscar los sentidos abiertos para un hacer, del mismo modo como pudo ir a buscarlos fuera, en el silencio que hay alrededor de Soria, y además con la saludable desvergüenza que contagiaba este pintor. Pero ya únicamente entraba en cuestión la otra ciudad, en la que en los terraplenes de cascotes, junto a las nuevas construcciones, los rebaños de ovejas habían dejado sus huellas al subir y donde, a pesar de la altitud, en dirección vertical, dando aletazos, subían en el viento los gorriones –él los hubiera echado de menos. (Alguien

había observado una vez –y, tratándose de las noticias del mundo que daba la televisión, ya fuera algo visto directamente en Tokio o en Johannesburgo, uno, decía, se podía fiar– que los gorriones eran esto: delante, la imagen de un grupo de políticos, o las ruinas echando humo, y en el fondo el griterío de los gorriones.)

Sin embargo, lo que sí hizo él en estas dos ciudades fue buscar, de un modo ocasional, un *jukebox*; por lo menos, tanto en Logroño como en Zaragoza, debía de quedar uno, de antes, y además en funcionamiento aún (uno nuevo, colocado últimamente, era algo improbable; en los bares españoles el más mínimo espacio libre era exclusivamente para las máquinas de juegos de azar, apelotonadas unas encima de otras). Él creía que, con el tiempo, había adquirido una especie de olfato para descubrir los posibles lugares de *jukebox*. Había pocas esperanzas en el centro de las ciudades, tampoco en las zonas saneadas y en las proximidades de los edificios que eran a la vez monumentos, en iglesias, parques, avenidas (no digamos en los barrios residenciales en los que había chalets). Casi nunca se había topado con un musicbox en balnearios o estaciones de esquí (sin embargo, eran, por así decirlo, sospechosos los lugares cercanos a éstos, sitios más bien sin nombre, apartados (o Samedan, cerca de St. Moritz)); casi nunca en puertos para embarcaciones deportivas o en playas de veraneo (sí, en cambio, en puertos de pescadores, y más a menudo aún en estaciones de trasbordadores: o Dover, u Oostende, o Reggio di Calabria, o El Pireo, o Kyle of Lochalsh, con el trasbordador que pasaba a las Hébridas interiores, o Aomori, en el extremo norte de la península japonesa de Hondo, con el trasbordador, ahora fuera de servicio, que llevaba a Hokkaido), menos en bares del continente y en el interior del país que en islas y cerca de fronteras. Especialmente calientes eran, según sus experiencias: las urbanizaciones situadas junto a carreteras, demasiado extendidas, con mucho, para ser pueblos y, sin embargo, sin núcleo urbano, alejadas de toda clase de turismo, en llanos casi carentes de relieve, sin lagos a su alrededor (y cuando había un río, ése estaba fuera de ellas, lejos, y la mayor parte del año seco), pobladas por una cantidad inhabitual de extranjeros, trabajadores de otros países y/o soldados (guarniciones), y allí mismo los *jukebox* no se podían descubrir ni rastreando en el centro –aun cuando éste no estuviera indicado por otra cosa más que por

un charco de agua de lluvia de ciertas dimensiones—, ni en los límites (allí, o aún más lejos, fuera, junto a la carretera general, todo lo más estaba la discoteca), sino en las zonas intermedias, lo más probable al lado de los cuarteles, cerca de la estación, en el bar de la gasolinera o en un local aislado de los demás, junto a un canal (naturalmente en una región de mala fama, «detrás de las vías de trenes de mercancías», por ejemplo, en el rostro que tenían aún las aglomeraciones que menos rostro tenían). Un lugar de exhibición del *jukebox* como éste, dejando aparte el de su nacimiento, lo encontró una vez en la llanura friolana, en Casarsa, a la cual, a causa de los tipos de uvas que se recogían en los alrededores, se le había puesto el apodo *della Delizia*. De la capital, Udine, graciosa, rica y limpia de *jukebox*, un atardecer de verano él había llegado aquí, «detrás del Tagliamento»; la razón, sólo seis palabras de un poema de Passolini, que había pasado una parte de su juventud en esta pequeña ciudad y que luego se mofó de los *jukebox* de Roma, junto con las máquinas para jugar, diciendo que eran el modo como los americanos continuaban la guerra con otros medios: «en el vacío desesperado de Casarsa». Después de un intento de dar un paseo en torno a la ciudad, más allá de sus límites, interrumpido pronto por el tráfico que había en todas las carreteras de salida, se dio media vuelta, entró a la buena de Dios en los no pocos bares que había allí y en casi todos ellos, ya desde la calle, le salió al encuentro el brillo de un *jukebox* (uno, más noble, tenía un videobox, con una pantalla en la parte superior, desde la que además salía el sonido). Y todas estas cajas, de formas muy diversas, antiguas y modernas, estaban funcionando, tocaban música, no música de fondo, como ocurre muchas veces, sino una música que más bien se hacía notar, fuerte; atronaban. Era un domingo, a última hora de la tarde, y en los bares —tanto más cuanto más se acercaba él a la estación—, por un lado tenían lugar las despedidas y por otro, los reclutas, la mayoría de ellos al parecer acabados de llegar en el tren, de un breve permiso, dejaban pasar las horas que faltaban para su obligatoria incorporación a medianoche. La mayoría de ellos, conforme iba pasando el tiempo, ya no formaban grupo alguno sino que se les veía cada uno por su lado. Rodeaban uno de esos Wurlitzer, una estructura que imitaba aquel tipo clásico que tiene los colores del arco iris, con sus burbujitas de aire que dan vueltas en torno al arco, tan apretados los unos a los otros, que los juegos de

luces del aparato, de vez en cuando, con sus destellos, pasaban por entre sus cuerpos, y sus rostros y sus cuellos, inclinados hacia el brazo del tocadiscos, aparecían alternativamente sumergidos en el azul, el rojo y el amarillo. La calle, enfrente estaba la estación, describía una amplia curva detrás de ellos y desaparecía inmediatamente en la oscuridad. Luego, en el bar mismo de la estación estaban haciendo limpieza ya. Pero había aún unos cuantos mozos, con uniforme gris y marrón, algunos con sus sacos ya medio colgados al hombro, de pie junto al *jukebox* –aquí, a juzgar por el neón, un modelo más nuevo, sin curvas, de metal claro–, cada uno para sí, y al mismo tiempo, en el local, que por lo demás estaba vacío, con las mesas arrimadas a la pared y una silla acá, otra allá, como en formación delante de aquel chisme que, por encima del suelo húmedo embaldosado, sonaba ahora con más fuerza que nunca. Mientras uno de los soldados se apartaba ante la fregona que limpiaba el suelo, sus ojos, muy abiertos, sin parpadear, miraban fijamente en aquella dirección; otro, con la cabeza echada hacia atrás, por encima del hombro, sin moverse, esperaba también en el umbral de la explanada que había delante. Había luna llena; en la puerta de cristal, las sacudidas, el tintineo, el golpeteo, prolongado, del oscuro tren de mercancías que tapaba los campos de maíz que había detrás; en el mostrador, la mujer joven, con el rostro proporcionado y noble y con la mella de un diente que le faltaba. Pero ahora, en las ciudades españolas su olfato le estaba engañando siempre. Ni siquiera en los bares de los barrios miserables, detrás de montones de cascotes, al final de un callejón sin salida, con poca luz, un indicio que le hacía apresurarse hacia ellos, ya desde lejos, encontró él una huella, fría desde hacía tiempo, algo así como la silueta más clara del objeto que buscaba, en una pared manchada por el hollín. La música que allí sonaba –a veces él, desde fuera, separado del interior por los muros, se confundía– venía de radios, de casetes o, en los rincones más especiales, de tocadiscos. Los bares de las calles españolas, y en cada ciudad parecía haber más que en ninguna otra parte del mundo, eran todos ellos, tal vez, o demasiado nuevos para una cosa que casi se había convertido ya en algo primitivo, originario (y además todos ellos carecían de segunda habitación, de habitación trasera, que era el lugar adecuado para aquello), o bien demasiado viejos; además, antes que nada estaban destinados a los viejos, que estaban sentados allí jugando a las cartas con gran seriedad

–*jukebox* y bares para jugadores, ¡sí, pero que no fueran demasiado serios!– o con la cabeza apoyada entre las manos, solos: y él se imaginó que el juguete, en su época de esplendor, había sido prohibido por la dictadura y que luego ya nadie estaba interesado en él. Pero después, en esta búsqueda inútil, incluso con un cierto placer en esta empresa infructuosa, supo no poco de los rincones especiales, de las variantes, de aquellas ciudades que aparentemente se parecían tanto las unas a las otras.

De vuelta, desde Zaragoza, a Soria, de cuya región oriental él, de noche, en un trayecto recorrido en tren, apartado de las carreteras, apenas había visto nada, ahora necesitaba un lugar adecuado para su ensayo; quería empezar, al fin, mañana mismo. ¿Arriba, en una de las dos colinas, o abajo, en medio de la ciudad? Arriba, y fuera siempre de la ciudad, se volvería a sentir quizás demasiado apartado; y entre las casas y las calles demasiado oprimido. Una habitación que diera a un patio interior le resultaba demasiado melancólica; una que diera afuera, a una plaza, le apartaría demasiado de su trabajo; una que diera al norte tendría poca luz para escribir; en una que diera al sur, el papel, cuando hiciera sol, le cegaría; en la colina pelada entraría el viento; en la que tiene bosque estarían ladrando todo el día los perros de los paseantes; en las pensiones –las exploró todas– los vecinos estarían demasiado cerca; en los hoteles, también dio una vuelta por todos ellos, ahora, en invierno, para los sentimientos que le acompañaban al escribir, tal vez estaría demasiado solo. De momento, para pasar la noche, se quedaría en el hotel que está en la colina pelada. La carretera, que subía, terminaba delante de una casa de piedra que había en una plaza embarrada; el camino que llevaba a la ciudad – él se apresuró a probarlo– pasaba por una estepa llena de musgo y cardos, luego por delante de la fachada de Santo Domingo, que al mirarla, con su simple estar ahí, era al mismo tiempo algo activo, y luego llegó inmediatamente a las pequeñas plazas, en cuyas dimensiones entraban también los enormes plátanos, con las hojas que quedaban, que daban la impresión de balancearse –curiosamente no faltaba ninguna en las puntas de las varas que había en las ramas más altas–, un centelleo como de estrellas en el cielo negro de la noche. La habitación de arriba también le gustaba: no demasiado angosta, ni demasiado amplia –por regla general, justamente donde había demasiado espacio no sabía dónde ponerse. El reflejo de la

ciudad –que no estaba demasiado cerca, ni demasiado lejos, tampoco demasiado abajo, en lo hondo– entraba por la ventana, que no tenía los cristales demasiado grandes, pero que tampoco estaban divididos en partes demasiado pequeñas, una ventana a la que, siguiendo sus experimentos, había arrimado la mesa, que acababa de apartar del espejo: ciertamente diminuta, pero tenía una superficie suficiente para una hoja de papel, lápices y goma de borrar. Aquí él se sentía arropado; éste era ahora su sitio para el tiempo que iba a venir. Llegó luego la mañana siguiente, con las pruebas para ver dónde se sentaba en el momento adecuado, a la luz de la hora de la verdad, en la temperatura que reinaría luego también, cuando escribiera el ensayo: la habitación era ahora demasiado ruidosa para él (y eso que él hubiera tenido que saber que los ruidos, precisamente en las llamadas situaciones «tranquilas», los «albergues del silencio», al llegar repentinamente, en vez de producirse de un modo regular –la radio, la risa, el eco, una silla que están arrastrando, la detonación, el zumbido–, y además llegando desde cerca y del interior de la casa, de los pasillos, de las habitaciones contiguas, del techo, para la concentración –si se destruía ésta, al que estaba escribiendo se le iba la imagen, y sin ella no había lengua– eran mucho más peligrosos que los ruidos de fuera, de una calle, por atronadora que ésta fuera). ¿Pero era extraño entonces que para él la habitación siguiente no sólo fuera demasiado fría para su estar-sentado-horas-y-horas (¿no sabía él que sólo los hoteles de lujo ponen la calefacción durante el día y que además él, cuando estaba escribiendo bien, respiraba siempre de un modo que no tenía frío?) sino de repente demasiado silenciosa también, como si esto, en los espacios interiores, significara estar encerrado y como si espacio abierto sólo lo hubiera fuera, en la Naturaleza; ¿y cómo dejar entrar por la ventana, ahora, en diciembre, este tipo de silencio? La tercera habitación tenía dos camas –demasiadas para él, una de más. La cuarta habitación tenía sólo una puerta –poco para él, por lo menos faltaba una... De este modo aprendió la palabra española para «zu», una palabra muy larga, *demasiado*. ¿No era uno de los «caracteres», o tipos, de Teofrasto aquel que «estaba insatisfecho con lo dado», que, besado por su amiga, dice, se pregunta si ella además lo quiere con toda el alma, que se enfada con Zeus, no porque mande lluvia sino porque la manda demasiado tarde, y que, encontrando por el camino una

bolsa con dinero, dice: «¡pero si nunca he encontrado un tesoro!». Y además le vinieron a la mente también unas coplas de niños, de uno que no se encontraba bien en ninguna parte, y las modificó un poco para su caso: «Había una vez un mozo / que no encontraba reposo: / en su pueblo hacía frío, / se fue a vivir junto al río. / El río era caudaloso, / prefirió un monte rocoso. / Las rocas eran tan altas, / que bajó a la costa blanca. / La costa, arena sin fin... / ¡mejor vivir en Berlín! / Berlín lo encontró muy grande, / compró una casa y un parque; / pero el parque era pequeño / y volvió para su pueblo». ¿No se daba él cuenta ahora de esto: de que en ninguna parte estaba a gusto? Pues sí, había sitios en los que, repetidas veces, había estado a gusto –¿por ejemplo?–, sitios donde había encontrado la actividad de escribir –o donde precisamente había un *jukebox* (¡nunca, en casas particulares!). ¿Así que sólo había encontrado donde estar –y eso estaba claro desde el principio– en sitios donde a la larga no era posible estar?

Tomó al fin la habitación que se ofrecía, y esto estuvo bien; fueran cuales fueran las provocaciones, él las aceptaría. «¿Quién va a vencer, el ruido o nosotros?» Sacó punta a los muchos lápices, echando las virutas por la ventana, comprados a lo largo de los años de viajes en los distintos países donde había estado y que luego muy a menudo resultaban ser marcas alemanas: qué pequeño se había hecho éste desde aquel mes de enero en Edimburgo –¿tanto tiempo había pasado ya? Al ser dispersados por el viento, los festones de los lápices se mezclaban con las manchas de ceniza que provenían del humo de un fuego de leña; y mientras, abajo, delante de la casa, junto a la puerta de la cocina, que daba directamente a la estepa de cardos, cascotes y musgo, un aprendiz, con un cuchillo que tenía la longitud de un brazo, limpiaba una pila de peces, aún más largos, las luminosas escamas de éstos centelleaban y destellaban por los aires. «Buen presagio, ¿o no?». Sólo que, después de todo esto, era demasiado tarde ya para empezar aquel mismo día. Acostumbrado a aplazar su juego, él estaba, una vez más, literalmente aliviado, y aprovechó el aplazamiento para salir a dar un paseo por la estepa, con el fin de, por decirlo así, probar unos cuantos caminos posibles en lo relativo a la estructura de su suelo –ni demasiado duro ni demasiado blando– y a su situación con respecto al viento: no demasiado expuestos a las tormentas del oeste, pero tampoco demasiado en calma.

Estando en éstas sucedió algo en él. En aquella ocasión, con la ocurrencia, sí la ocurrencia, que le vino, algo evidente además, de escribir un *Ensayo sobre el jukebox*, él se había imaginado éste como un diálogo que tiene lugar en una escena: la cosa, y lo que podía significar para cada uno, era algo que quedaba tan lejos de la mayoría, que una persona, como si fuera un representante del público, sin que lo llamaran, se ponía a hacer el papel del que pregunta, y otro, como el «entendido» en este terreno, contrariamente a lo que ocurre en los diálogos de Platón, donde el que preguntaba, Sócrates, en secreto, sabía más del problema que el contestador oficial, henchido, por lo menos al principio, de un saber hecho de prejuicios: quizás, sobre todo, de tal manera que incluso el entendido, sólo por las preguntas del otro, averiguaba qué «lugar» y qué «papel» había tenido en cada momento aquel accesorio en el juego de su vida. Luego, con el tiempo se le fue quitando la idea de un diálogo escénico, y se imaginaba el «ensayo» como una yuxtaposición de muy diversas formas de escribir, tal como, le parecía, correspondía a los modos –¿cómo los llamaría?, ¿irregulares?, ¿arrítmicos?– según los cuales él había vivido un *jukebox* y se acordaba de él: imágenes instantáneas tenían que alternar con andanadas narrativas que empezaban desde muy lejos y luego se interrumpían de un modo abrupto; a meras palabras clave seguiría un reportaje completo sobre un solo musicbox, junto con un lugar determinado; de un bloc de notas se saltaría sin transición a uno de citas, que, también sin transición, sin un enlace que estableciera una armonía, debía hacer sitio tal vez sólo a un ir registrando, a modo de letanía, títulos y nombres de cantantes de un objeto especial encontrado en su búsqueda –con lo que él, como forma fundamental que le diera a todo esto una especie de coherencia, seguía imaginándose el juego de pregunta-respuesta, alternándolo, si bien de un modo fragmentario, con intervenciones de este juego, para retirarse luego otra vez, junto con escenas de películas que tuvieran un carácter fragmentario parecido y en el centro de las cuales habría siempre un *jukebox* distinto, y partiendo de éste una serie de sucesos múltiple o una naturaleza muerta, en círculos cada vez más amplios en torno a él–, llegando incluso, si hacía falta, a otro país, o sólo al boj que había al final de un andén. Él tenía la esperanza de que su «ensayo» terminara con una «Balada del *jukebox*», una canción a esta cosa, un texto cantable, por decirlo

así, «redondo», pero sólo si, después de todos estos saltos de imágenes, se recitara como por sí solo. Además, le había parecido que esta manera de proceder, al escribir, no se avenía únicamente a este objeto especial sino también al tiempo. Las formas épicas de las épocas pasadas –su carácter unitario, sus gestos de conjurar y dominar (destinos ajenos), su pretensión de totalidad, tan ignorante como sabedora de muchas cosas–, practicadas en los libros de hoy en día, ¿no las veía ya como mera afectación? Aproximaciones diversas, pequeñas y grandes –y, concretamente, en lugar de en las habituales formas para capturar, en formas para dejar pasar–, eran ahora lo que para él, precisamente por sus experiencias más completas con objetos, por sus experiencias más íntimas, creadoras de unidad, debía ser lo adecuado en los libros: guardar distancia; rodear; trazar perfiles; jugar alrededor –darle a tu cosa, desde los bordes, la protección de la compañía–. Y ahora, probando caminos, sin meta, en la sabana, de repente se puso en marcha en él un ritmo completamente distinto, no un ritmo cambiante, a saltos, sino un ritmo único, regular, y sobre todo un ritmo que, en lugar de circundar y de jugar alrededor, iba derecho y con total seriedad, sin interrupción alguna, *in medias res*: el ritmo del narrar. Al principio, todo aquello con lo que él se encontraba por el camino, una cosa tras otra, lo vivía sólo como si fueran canciones que narraban algo; todo lo que recibían sus sentidos, fuera lo que fuera, ya se estaba narrando en él; los momentos del presente ocurrían en la forma del pasado, y además, a diferencia de lo que ocurría en los sueños, sin rodeos, como meras oraciones principales, tan breves y simples como lo son cada uno de los momentos: «En la valla de alambre había cardos, traídos por el viento. Un viejo, con una bolsa de plástico, se agachaba para coger una seta de cardo. Un perro pasaba dando saltitos sobre tres patas y hacía pensar en un cervatillo; su piel era amarilla, su cara blanca; encima de esto, de una caseta de piedra salía humo azul gris. El crepitar de las vainas, en el único árbol que había allí, se oía como si estuvieran agitando cajas de cerillas. Del Duero saltaban los peces; las ondas que formaba el viento, corriente arriba, tenían crestas de espuma, y junto a la otra orilla, bajo las rocas, el agua lamía la tierra. El tren que venía de Zaragoza estaba ya iluminado y apenas había gente dentro...». Pero luego este callado narrar lo presente se transmitía al «ensayo» que estaba esperando, un ensayo que él tenía pensado como algo

múltiplemente lúdico: se transformaba, ya antes de la primera frase escrita, en una narración, de un modo tan apremiante e imperioso, que inmediatamente todas las otras formas se reducían a nada. Esto a él no le parecía horrible sino sobremanera maravilloso; porque en el ritmo de este contar hablaba la fantasía, que a todo le da calor, en la que él, las pocas veces que ella se metía en el fondo de su corazón, había creído aún, entre otras cosas a causa del silencio que había con ella, incluso en medio del ruido atronador: el silencio de la Naturaleza, por muy alejada que estuviera, no era nada en comparación con esto. Y lo característico de la fantasía era ahora que en sus imágenes aparecían también el lugar y el carácter de lugar en el que él anotaría la narración. Es verdad que ya antes, de vez en cuando, él se había sentido empujado a esto, sólo que entonces, por ejemplo, a un abedul de Colonia lo había trasladado a Indianápolis, en forma de ciprés, o bien a un pastizal de Salzburgo lo había trasladado a Yugoslavia, o bien al lugar donde estaba escribiendo lo había hecho pasar, todo él, a último plano, como algo accesorio: pero esta vez iba a aparecer Soria como Soria (quizás también junto con Burgos, y con Vitoria, donde un viejo, natural del país, se le había anticipado en el saludo) e iba a ser el objeto de la narración de igual modo que el *jukebox*. –Hasta muy entrada la noche prosiguió en él aquel percibir en forma de narración: ciertamente que, desde hacía rato, lo único que hacía era importunarle, literalmente todas las nimiedades (el transeúnte que pasaba con un mondadientes en la boca, el nombre «Bendita Soria Verde» en una lápida, el olmo taponado con piedras y cemento con el poema en honor a Antonio Machado, las letras que faltaban en el letrero HOTEL) se imponían y querían ser narradas. Esto ahora ya no era la imperiosa fuerza de las imágenes, que le llevaba en volandas de un modo cálido, sino, inequívocamente, subiendo del corazón a la cabeza, una coacción fría, un correr-una-y-otra-vez sin sentido contra un portón cerrado desde hacía tiempo, y él se preguntaba si el narrar, que al principio le había parecido algo divino, no había sido un engaño, un modo de expresar su miedo a todo lo aislado, a todo lo inconexo. ¿Una escapatoria? ¿Un engendro de la cobardía? –Pero un hombre andando con un mondadientes entre los labios, en invierno, por la meseta de Castilla, su inclinación de cabeza al saludar, ¿era realmente algo tan nimio? –Como fuera: la primera frase para el comienzo de mañana él no quería saberla de

antemano; después de todas sus primeras frases, fijadas con antelación, con la segunda se había atascado. –Pero por otra parte: ¡fuera todas las llamadas regularidades! –Y así sucesivamente...

A la mañana del día siguiente. La mesa, junto a la ventana de la habitación del hotel. Por el campo de cascotes se movían bolsas de plástico vacías que se enganchaban de vez en cuando en los cardos. En el horizonte, una montaña rocosa que tenía la forma de un trampolín; por encima del tramo para tomar carrerilla, una nube en forma de seta. Cerrar los ojos. Tapar con papel la rendija de la ventana, por donde entra el viento silbando con toda fuerza. Volver a cerrar los ojos. Quitar el cajón de la mesa, en el que, al primer intento de escribir, hace ruido el tirador. Cerrar los ojos por tercera vez. Aullidos de dolor. Abrir la ventana: un perrito negro, abajo mismo, atado al zócalo de la casa, mojado por la lluvia como sólo puede estar mojado un perro; con sus quejidos, separados por breves momentos de mudez, nubes de aliento que se ven avanzar a empujones en dirección a la estepa. *Aullar* era la palabra española para «jaulen». Cerrar los ojos por cuarta vez.

En el viaje de Logroño a Zaragoza, fuera, en las viñas del valle del Ebro, peladas en invierno, él había visto los dados de piedra de las casetas de los viñadores. En la región de la que él procedía, en los caminos que atravesaban los campos de cereales había también casetas como éstas, si bien de madera y del tamaño de un cobertizo de tablas. Como tales aparecían aquellos estuches incluso por dentro, con la luz que entraba sólo por las grietas de las tablas y los agujeros de las ramas, con los pequeños haces de hierba en el suelo, que era de tierra, con las ortigas en los rincones, proliferando entre los instrumentos de la vendimia que estaban apoyados allí. Y en realidad, cada una de las cabañas, en los pocos campos que tenía arrendados su abuelo, las vivía él como su dominio propio. Un matojo de saúco solía crecer al lado, cuya copa daba sombra a esa cosa expuesta al campo abierto, y los arcos que formaban sus ramas, a un lado, llegaban a penetrar incluso en el interior de la cabaña. Y allí dentro había aún sitio para una pequeña mesa y un banco para sentarse, que podía estar fuera también, junto al matorral. Envueltos en paños, para mantenerlos frescos y protegerlos contra los insectos, la jarra de mosto y el pan de la merienda. En el dominio de estos cobertizos él se había sentido más en casa que en ninguna de las casas bien construidas. (En éstas,

todo lo más, a veces, le habían dado escalofríos semejantes, escalofríos de estar-en-su-lugar, mirando un trastero sin ventanas o junto a las líneas que separaban el interior del exterior, donde, si bien uno se encontraba seguro en el interior, al mismo tiempo, desde fuera, le llegaban a uno suaves rachas de lluvia y nieve.) Sin embargo, a las cabañas de los campos las veía menos como lugares de refugio que como sitios para hacer una pausa o para descansar. Luego, en su región le bastaba simplemente con advertir la presencia de un refugio gris claro, debido a la intemperie, alabeado, lejos, en un campo en barbecho, al pasar, para que sintiera cómo el corazón, literalmente, se le salía saltando hacia allí, y para que, por unos momentos, se sintiera en casa en aquella cabaña, con las moscas de verano y todo, las avispas de otoño y el frío de las cadenas que se oxidaban en invierno.

Hacía tiempo ya que no existían las cabañas de su tierra; sólo los graneros de los prados, mucho mayores, que servían únicamente para guardar el heno. Pero ya en la época en la que existían aquéllas, muy pronto, para él el hechizo de la casa o de lo que caracteriza el lugar había pasado a los *jukebox*. Ya de adolescente, con los padres, en vez de ir al restaurante, o a tomar limonada, iba al «Wurlitzer» (*Wurlitzer Is Jukebox*, era el eslogan) a oír discos. Lo que él había contado sobre su sensación de llegada –siempre pasajera sólo– y de acogida en el dominio de las cabañas de los campos era válido, literalmente, también para los *jukebox*. Aquí, para empezar, la forma externa de cada uno de los aparatos, e incluso la elección, significaban menos que el sonido especial que salía de ellos. Éste no llegaba, como en casa, en la radio que estaba en el rincón de Nuestro Señor, de arriba, sino de abajo, y, tal vez con la misma intensidad, en vez de llegar de la caja de música en sí, llegaba de un interior que llenaba de vibraciones toda la habitación. Era como si no fuera ninguna máquina automática, más bien un instrumento adicional con el que la música –por cierto, y de esto se dio cuenta después, sólo una música determinada– tomaba allí su tono fundamental, comparable, por ejemplo, al matraqueo de un tren que, pasando por un puente de hierro, se convierte en lo que originariamente es el sonido de un trueno. Mucho más tarde, en cierta ocasión un niño estaba junto a un *jukebox* de éstos (en el que, escogido por él mismo, sonaba «Like A Prayer» de Madonna), tan pequeño aún que toda la potencia de los altavoces, situados en la parte de abajo, iba dirigida a su

cuerpo. El niño escuchaba, todo oídos, todo seriedad, abismado totalmente en la música, mientras que sus padres estaban ya en la puerta del bar para marcharse, llamándole repetidamente, de vez en cuando también, como para disculparse con los que estaban dedicados allí a su retoño, sonriéndole, hasta que la canción terminó y el niño, con la misma seriedad y la misma devoción, pasando por delante de su madre y de su padre, avanzó hacia la calle. (Según esto, el fracaso de aquel modelo de *jukebox* que tenía forma de obelisco, ¿más que a su aspecto inusual se debía al hecho de que la música sonara hacia arriba, en dirección al techo?)

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con las cabañas del campo, tratándose de tocadiscos automáticos a él no le bastaba con que estuvieran simplemente allí: tenían que estar preparados para funcionar, con un zumbido silencioso –mejor aún que acabados de poner en marcha por una mano extraña–, a ser posible emitiendo una luz muy fuerte, como desde el fondo de ellos mismos; nada más desolado que una caja de metal de ésas, oscura, fría, gastada, posiblemente hurtada además púdicamente a las miradas de los demás con un mantelito de ganchillo de estilo popular alpino. Sin embargo, esto no correspondía del todo a la realidad, pues ahora le vino a la mente un *jukebox* defectuoso de Nikko –un lugar del Japón donde había varios templos, en un largo viaje y en una excursión entre el sur y el norte, el primero que vio en este país–, escondido debajo de una pila de revistas, con la hendidura para las monedas, liberada en aquel mismo momento por él, tapada con una tira adhesiva –pero por lo menos, al fin... Para celebrar este descubrimiento se bebió otro sake y, fuera, en el crepúsculo de invierno, había dejado salir el tren que iba a Tokio. Antes, en el patio de un templo abandonado, ya muy arriba, en los bosques, había pasado junto a un fuego, hecho en la tierra, del que sólo quedaban brasas que se iban apagando pero que todavía brillaban; al lado una escoba de varas y un montón de nieve, y, más lejos aún, en la parte montañosa del país, saliendo de un arroyo, un bloque de piedra había tomado la forma de una jiba y cuando el agua pasaba junto a éste a toda velocidad, sonaba exactamente del mismo modo como en otra roca lo había hecho otro arroyo de montaña –como si uno, con los oídos abiertos para esto, recibiera la retransmisión de un pregón, medio cantado, medio tocado con tambores, de la asamblea general de las naciones unidas de

un planeta alejado en el universo. Luego, por la noche, en Tokio la gente, al subir las escaleras de la estación, había estado pasando por encima de los que estaban tumbados aquí y allá, y luego, más tarde aún, de nuevo en una zona de templos, un borracho se había parado delante del humo de un altar, había estado rezando y luego, dando tumbos, había seguido andando.

No sólo contaba el sonido del vientre del aparato: también los llamados «*hits* americanos» los tomó él de los *jukebox* de su país de un modo radicalmente distinto a como los tomaba, por ejemplo, cuando los daban por la radio en casa. Es verdad que siempre que en la emisión correspondiente se oía a Paul Anka con su «Diana», a Dion con su «Sweet Little Sheila» y a Ricky Nelson con su «Gypsy Woman», los quería oír más fuerte y giraba el botón, pero al mismo tiempo lo hacía con la mala conciencia de sentirse atraído por una anti-música como aquélla (incluso cuando luego, estudiando en la universidad, tuvo al fin un tocadiscos en la habitación, conectado al amplificador de la radio, los primeros años estuvo destinado únicamente a aquello que, según la convención, merecía el nombre de música). En cambio, del *jukebox* él, totalmente seguro de lo que hacía, dejaba que salieran trémolos, aullidos, rugidos, tintineo y ronroneo, cosa que a él no sólo le gustaba sino que le llenaba de escalofríos de gozo, de calor y de sentimiento de comunidad. En la resonante cabalgada-de-guitarra-metálica de Apache, el «pequeño cafetín» hediondo y lleno de eructos que hay junto a la carretera que va de la «ciudad del referéndum de 1920» a la «ciudad del alzamiento popular de 1938», estaba conectado a una red eléctrica completamente distinta, con la que, en la escala luminosa que estaba a la altura de las caderas, uno podía escoger los números de «Memphis, Tennessee», sentir cómo crecía en sí mismo el misterioso «Apuesto Hombre Extranjero», y el traqueteo y el rechinar de los camiones de fuera, que pasaban por la carretera general, los oía uno transformados en el sonoro pasar de un gran camión americano por la «Route Sixty-Six», con este pensamiento: da igual adónde: ¡salir, salir!

Aunque en su región los musicbox también eran un punto de encuentro para el baile de los sábados por la noche –por regla general se dejaba un gran semicírculo en torno a ellos–, a él no se le hubiera ocurrido nunca una cosa así. Es verdad que le gustaba mirar a los que bailaban, que en la tenue luz de

los bares, delante del macizo andamiaje de luces que atronaba, como si el sonido saliera del suelo, se convertían en meros perfiles, sin embargo para él un *jukebox*, como antes las cabañas de los campos de labor, era un objeto de calma, o algo para tranquilizarse, para estar sentado sin decir nada, casi sin moverse ni respirar; las únicas interrupciones eran para ir a «apretar», algo que se hacía de un modo mesurado, literalmente ceremonioso. Escuchando el *jukebox* no ocurría nunca, como era el caso normalmente con la música que a él le llegaba –incluso la música estrictamente clásica y la de épocas del pasado y que, como *ex profeso*, se encontraba alejada–, que siempre, y al momento, se saliera de sus casillas o que le dieran sudores o que se pusiera a soñar. Lo peligroso al oír música, le había contado alguien una vez, es la ficción que en ello hay de que lo que todavía hay que hacer ya está hecho. El sonido del *jukebox* de aquella época inicial, en cambio, le hacía concentrarse, literalmente; despertaba o hacía oscilar en él únicamente sus imágenes de posibilidad y le fortalecía en ellas.

Los lugares en los que uno, como en ninguna otra parte, podía meditar, luego, en los años de universidad, se convirtieron en lugares a los que uno iba a refugiarse, comparables a los cines; sin embargo, mientras que él se escamoteaba metiéndose en éstos, a sus distintos cafés con *jukebox* entraba cada vez con mayor despreocupación, diciéndose a sí mismo, para tranquilizarse, que los lugares acreditados para concentrarse eran también los lugares adecuados para estudiar. Esto resultó ser un engaño, porque cuando él luego, en silencio, por ejemplo antes de dormirse, intentaba repetir para sí, en estos lugares públicos, la materia por la que él había pasado, por regla general se acordaba de bien poco. Sin embargo, lo que él, en la frialdad de sus estudios universitarios, debía a uno de aquellos rincones, o guaridas, eran vivencias para las cuales ahora, al apuntarlas, sólo tenía el adjetivo «maravilloso». En un atardecer de finales de invierno, estaba él sentado en uno de sus cafés-*jukebox* acreditados, marcando en los apuntes, con tanta fuerza como podía, lo que menos le quedaba grabado. El café estaba situado en un lugar más bien atípico para una cosa como ésta, al borde del parque municipal, y tampoco las vitrinas de las tartas y las pequeñas mesas de mármol eran apropiadas para su cosa. El box estaba funcionando, pero él, como siempre, esperaba los números que él mismo había apretado; sólo

cuando sonaban éstos estaba bien. De repente, después de la pausa para cambiar de disco, junto con los ruidos de esta pausa –el clic, el zumbido del mecanismo que, recorriendo el vientre de la máquina en dos sentidos opuestos, busca el nuevo disco, el ruido que hace al cogerlo, al detenerse, la crepitación que se oye antes del primer compás–, como si perteneciera a la esencia misma del *jukebox*, desde lo más profundo sonó una música con la que él, por primera vez en su vida, y luego sólo en los momentos del amor, experimentó lo que en la jerga se llama «levitación» y que él mismo, más de un cuarto de siglo después, llamaría, ¿cómo?: «¿ascensión?», «¿deslimitación?», «¿mundización?». ¿O así: «Esto –esta canción, este sonido– soy yo ahora; con estas voces, estas armonías, yo, como nunca en la vida, he llegado a ser el que soy; como este canto, así soy yo, ¡del todo!»? (Como de costumbre, había un giro para esto, pero, como de costumbre, no correspondía del todo a la realidad: «Él se disolvía en la música».) Sin querer saber por el momento quiénes eran el grupo cuyas voces, sostenidas por guitarras, rugían, igualmente aisladas, mezclándose unas con otras y al fin al unísono –en los *jukebox* hasta ahora había preferido los cantantes solos–, él simplemente se asombró. También las semanas siguientes en las que él iba todos los días al bar y se pasaba horas y horas sentado en medio de aquel gran estruendo, que era a la vez tan despreocupado y superficial, y que él se dejaba ofrecer por los que estaban allí, él perseveraba en un asombro que no conocía curiosidad alguna por los nombres. (De repente, el musicbox se había convertido en el centro del «Café del Parque», donde normalmente se oía más el tableteo de los armazones para sostener las barras que sujetaban los periódicos y donde, por lo que hace a los discos, seguían uno tras otro, sin interrupción, los cuatro o cinco de aquel grupo de los sin nombre.) Pero luego, cuando él, oyendo la radio, que era algo que cada vez hacía menos, supo cómo se llamaba el coro de las desvergonzadas lenguas de ángeles que, atronando, como quien no quiere la cosa, con sus «I want to hold your hand», «Love me do», «Roll over Beethoven», le quitaban todo el peso del mundo, fueron éstos los primeros discos, digamos, «no serios» que él se compró (en lo sucesivo casi sólo se compró discos de éstos), y luego, en el café de las columnas era él el que estaba apretando las teclas de «I saw her standing there» (justamente al lado del *jukebox*) y «Things we said today» (ahora ya

sin tener que mirar, con los números y las letras en la cabeza más que los textos legales), hasta que un día se desató la cháchara de las canciones que no eran las que él quería: habían dejado el antiguo letrero, pero sustituyendo sus canciones por «*hits* actuales», en alemán... Y aún seguía pensando, con el sonido de principiantes de los Beatles en el oído, desde aquel Wurlitzer rodeado de árboles del parque: ¿cuándo volverá a entrar en el mundo un encanto como éste?

En los años que siguieron, para él los *jukebox* perdieron algo de su fuerza magnética, menos tal vez porque él ahora la música la oía más bien en las casas, y sin duda no porque se estaba haciendo viejo, sino –esto es lo que creyó descubrir cuando se puso a trabajar en el «ensayo»– porque en estos momentos vivía en el extranjero. Es evidente que aún todas las veces que, en Düsseldorf, Ámsterdam, Cockfosters, Santa Teresa di Gallura, se encontraba delante de uno de sus amigos de la casa, con el zumbido que indicaba que estaba preparado para funcionar y sus luces de colores, que bailaban de un lado para otro, lo primero que hacía era echar una moneda, pero esto era más bien una costumbre, o una tradición, y además las más de las veces escuchaba sólo a medias. En cambio, estas máquinas enseguida volvían a tener sentido para él en aquellas estaciones intermedias episódicas donde él propiamente debía haber tenido su región de origen. Cuando a los unos su primer camino los llevaba a casa, «al cementerio», «al mar» o «al bar de siempre», a él, desde la parada del autobús, no pocas veces, sin dilación alguna, lo llevaba a un musicbox, desde el que él, convenientemente invadido por su ruido atronador, era de esperar que tomara sus restantes caminos siendo menos extranjero y menos torpe.

Y no obstante había que hablar luego de *jukebox* del extranjero, que no se habían limitado a hacer sonar sus discos de un modo ocasional sino que habían tenido un papel en el centro de grandes acontecimientos. Esto además, más allá de lo que era simplemente el extranjero, ocurría siempre en una frontera; en los confines de una especie de mundo familiar. Si bien América, por decirlo así, era «la patria de los *jukebox*», allí a él ninguno se le había grabado en la memoria de este modo –a excepción de Alaska, y allí muchas veces. Ahora bien: ¿pertenece para él Alaska a los «Estados Unidos»?-. Así, una Nochebuena él había llegado a Anchorage y, después de la misa del

gallo, donde luego, delante de la puerta de la pequeña iglesia de madera, entre todos los desconocidos, incluido él, reinaba una extraña alegría, se fue todavía a un bar. En medio de la tenue luz y del barullo de los borrachos, junto a los destellos del *jukebox*, como única figura tranquila, vio a una india. Ella se había vuelto hacia él –su rostro, grande, orgulloso, incluso burlón–, y ésta fue la única vez que él bailó con alguien a los golpes sordos de un *jukebox*. Incluso los que normalmente estaban dispuestos a la riña los esquivaban, como si aquella mujer, joven como era, o más bien sin edad, fuera algo así como la mayor del bar. Luego los dos, juntos, por una puerta trasera, salieron a un patio helado donde ella había aparcado su coche transcontinental, con las ventanas laterales pintadas con los perfiles de los pinos de Alaska, junto a un lago seco; nevaba. A distancia, sin que ellos se hubieran tocado el uno al otro, a no ser en la levedad del contacto del baile, ella le invitó a seguirla; dijo que, con sus padres, llevaba un negocio de pescado en un pueblo de allí, al otro lado de Cook-Inlet. Y en ese momento a él se le hizo claro que en su vida al fin era posible una decisión no imaginada por él sino por alguien que no era él: además, inmediatamente pudo imaginarse yendo con aquella extraña más allá de la frontera, allí, entre la nieve, totalmente en serio, para siempre, sin regreso, abandonando incluso su propio nombre, el tipo de trabajo que hacía, cada una de sus costumbres; esos ojos de aquí, aquel lugar que estaba más allá de lo familiar y conocido, que él había tenido a menudo ante su imaginación: era el momento en el que Parsifal estaba ante la pregunta salvadora, ¿y él? ante el sí que corresponde a esta pregunta. Y como Parsifal, y no porque él no estuviera seguro –de hecho tenía la imagen–, sino como si esto lo tuviera él metido en la sangre y tuviera que ser así, vaciló, y, en el momento siguiente, la imagen, la mujer, había desaparecido, literalmente, en la noche nevada. Luego él estuvo yendo al bar todas las noches, la esperaba junto al *jukebox*; llegó incluso a preguntar por ella y a hacer averiguaciones, pero, a pesar de que muchos se acordaban de ella, nadie podía decirle dónde estaba habitualmente. Incluso diez años más tarde esta experiencia fue también el impulso para que él, antes de volver del Japón, una tarde se pusiera expresamente a esperar en una cola, para sacarse un visado americano, para luego, realmente, hacer escala en Anchorage, de nuevo en la oscuridad del invierno, y, durante algunos días, andar de un lado

para otro por aquella ciudad en la que el viento llevaba nieve, una ciudad cuyo aire claro y cuyos amplios horizontes habían ganado su corazón. Ahora hasta a Alaska había llegado la nueva cocina, y aquel *saloon* se había transformado en un *bistro*, con la correspondiente carta; había subido de categoría, por lo que, naturalmente, y esto no sólo se podía ver en Anchorage, junto al mobiliario claro y que ahora era ligero, no toleraba ninguna máquina para música que fuera pesada y vetusta. Sin embargo, un indicio de una máquina así eran las figuras que, desde una barraca que tenía forma de manguera, como del rincón más apartado de allí, avanzaban hacia la acera haciendo eses –gente de todas las razas–; o uno fuera, en medio de los bloques de hielo que, rodeado por una patrulla de policía, daba manotazos a su alrededor –por regla general un blanco–, y que luego, después de que lo hubieran tumbado en el suelo boca abajo, con los hombros y las piernas, dobladas sobre la parte trasera de los muslos, atados fuertemente con una cuerda, las manos a la espalda, esposadas, doblado como si fuera un trineo, era trasladado sobre hielo y nieve al vehículo destinado al transporte y que tenía la puerta trasera abierta: allí, luego, en el interior de la barraca, fiel y leal, delante mismo del mostrador, en el que descansaban las cabezas de gente que dormía (lo mismo hombres que mujeres, sobre todo esquimales), babeando y vomitando, le daba a uno la bienvenida un *jukebox* clásico, dominando el espacio en forma de manguera, con las correspondientes canciones, las originarias y primitivas; uno podía contar, por ejemplo, con encontrar todos los singles de Creedence Clearwater Revival y con oír inmediatamente cómo, a través de los vapores, las quejas insistentes y tenebrosas de John Fogerty por haber perdido «en algún sitio el contexto» durante sus andanzas como cantante cortaban el aire, y «si tuviera por lo menos un dólar por cada canción que he cantado», mientras que abajo, desde la estación, abierta en invierno sólo para las mercancías, la señal de una locomotora que, para designar el Alto Norte, lleva el extraño letrero: «SOUTHERN PACIFIC RAILWAY», hace oír su sonido de órgano, un sonido único, prolongado y que se oye por toda la ciudad, y en un cable que va del puente al puerto de botes, abierto sólo en verano, se bambolea un cuervo estrangulado.

¿Eran según esto los musicbox algo para los ociosos, para los que

callejean por las ciudades y para los que hoy en día, más modernos, callejean por los continentes? –No. Él por lo menos no los buscaba tanto en las épocas en las que no hacía nada como en aquellas en las que trabajaba o en las que tenía un proyecto, y, esto de un modo especial, siempre que volvía de un país extranjero al ámbito del que él procedía. Lo que antes de las horas que dedicaba a escribir era ir a buscar el silencio, luego, casi con la misma regularidad, era ir a buscar un *jukebox*. –¿Para distraerse? –No. Cuando ya estaba sobre la pista de algo, de ninguna manera quería que nada le distrajera. Su casa, con el tiempo, se había convertido de hecho en una casa sin música, sin tocadiscos ni cosas parecidas; todas las veces que por la radio, después de las noticias, sonaba el primer compás de lo que fuera, desconectaba el aparato; incluso cuando el tiempo se le hacía largo, en las horas de vacío y en las que los sentidos se le habían embotado, bastaba con que se imaginara que, en vez de estar consigo mismo como ahora, estaba sentado delante del televisor, para que prefiriera su estado actual. Incluso los cines, que antes habían sido una especie de cobijo, después del trabajo, los evitaba cada vez más: con demasiada frecuencia le acometía ahora, precisamente en ellos, un estado de abandono del mundo del cual él temía no saber volver ya a sus cosas, y el hecho de que a media película se saliera no era otra cosa que la huida de esas pesadillas de primeras horas de la tarde. –¿Entonces iba él a buscar los *jukebox* para concentrarse, como al principio? –Tampoco esto era así ya. Tal vez él, que en Soria, a lo largo de las semanas había estado intentando deletrear las obras de Teresa de Ávila, el «ir a estar sentado» con sus chismes, después del haber-estado-sentado-junto-a-su-mesa-de-trabajo, podía explicarlo con una comparación un tanto desvergonzada: la santa había estado influida por una disputa de fe entre dos grupos, anterior a su tiempo, a principios del siglo XVI, y que se refería al modo de acercarse a Dios: los unos –los llamados *recogidos*³–, que creían que debían «recogerse» contrayendo los músculos y así, y los otros, llamados *dejados*⁴, que, sin hacer nada, se abandonaban sin más a lo que Dios deseara hacer con su *alma*⁵, y Teresa de Ávila parecía estar más cerca de los que se dejaban que de los que se concentraban, porque, decía, cuando alguien más está buscando darse a Dios, es posible que en esto sea acometido por el demonio; y de este modo, por así decirlo, era también como él estaba junto a sus *jukebox*, no para

concentrarse en lo que tenía que seguir haciendo, sino para abandonarse a ello. Sin que él hiciera otra cosa que tener los oídos abiertos para los acordes especiales del *jukebox* –«especiales» también porque en un lugar público él no estaba expuesto a ellos sino que los había escogido, como si los «tocara» personalmente–, en él, que se dejaba, tomaba forma luego la continuación: imágenes que hacía tiempo se habían quedado sin vida se ponían en movimiento como flotando, de este modo sólo necesitaban que alguien las escribiera en un papel, mientras él, junto al musicbox (en español *junto*⁶, unido), escuchaba: «Redemption Songs» de Bob Marley; y con el «Una notte speciale» de Alice, repetido día tras día, en la narración en la que él estaba trabajando y que, entre otras cosas, se iba abriendo y ramificando más y más, entró un personaje femenino que no estaba planeado en absoluto; y, a diferencia de lo que ocurría cuando bebía demasiado, lo que él anotaba escuchando de esta manera, al día siguiente tenía consistencia. Así pues, en aquellos tiempos de reflexión (éstos no se encontraban nunca buscándolos de un modo intencionado, en casa, junto a la mesa; los pensamientos que surgían de un modo espontáneo él los tenía sólo comparando y distinguiendo unas cosas de otras), él no salía únicamente para andar, tanto como fuera posible, sino que iba a buscar los bares que tenían *jukebox*. Entonces, cuando estaba en el bar de los chulos, cuyo box en cierta ocasión había sido alcanzado por una bala de pistola, o en el café de los parados, con la mesa para los pacientes a los que se les permitía salir de la clínica psiquiátrica, que estaba cerca –rostros pálidos mudos, inmóviles, que se movían sólo para tragar las pastillas con cerveza–, nadie quería creer que lo que le había llevado allí no era el medio social que se encontraba en estos bares sino el deseo de oír muchas veces «Hey Joe» y «Me and Bobby McGee». –¿Pero no quería decir esto que él iba a buscar los *jukebox* para, como se dice, huir del presente? –Tal vez. Sin embargo, por regla general lo que ocurría luego era lo contrario; junto a su cosa, todo lo que había alrededor cobraba una presencialidad completamente singular. Cuando era posible, en aquellos bares buscaba un sitio para sentarse allí donde tuviera ante los ojos el local entero y además una sección del exterior. Entonces, en aquel momento, en unión con el *jukebox*, junto con sus fantasías, sin aquel observar que a él le resultaba tan antipático, a menudo conseguía fortalecerse-a-sí-mismo, o bien hacerse

presente, a sí mismo y a las miradas de los demás. Y lo que de ellos se hacía presente no eran tanto los detalles que llamaban la atención, o los encantos, como lo que era habitual y corriente, incluso las simples formas o colores de siempre, y este presente reforzado se le aparecía además como algo valioso – nada más precioso ni más digno de ser transmitido que aquello; un hacerse presente como normalmente sólo se da en un libro que despierta la prudencia y la circunspección. Esto entonces *decía* algo, simplemente, un hombre andando, un matorral moviéndose, el autobús, que era amarillo y torcía hacia la estación, el cruce de calles que formaba un triángulo, la camarera de pie junto a la puerta, la tiza para el taco, en el borde de la mesa de billar, la lluvia, y, y, y, y. Sí, era eso, ¡en el presente se metían las articulaciones! De este modo, incluso las pequeñas costumbres de «nosotros, los que hacíamos sonar el *jukebox*» y las pocas variantes merecían una atención especial. Mientras que él, al apretar las teclas, casi siempre apoyaba una mano en la cadera y, casi en contacto con su cosa, se inclinaba un poco hacia delante, otro escogía las canciones con las dos manos, abriendo las piernas, a distancia del aparato, estirando los brazos como si fuera un técnico, un tercero hacía volar sus dedos de las teclas, como si fuera un pianista, luego se marchaba enseguida, seguro de lo que había hecho, o bien, como quien espera el resultado de un experimento, se quedaba esperando hasta que sonaba la primera nota (y luego, quizás sin seguir escuchando, se marchaba del local), o bien por principio dejaba que sus piezas las pusieran en marcha sólo los otros, a los que desde la mesa, gritando, les iba diciendo las señales, que él se sabía de memoria –y en esto lo común a todos ellos era que en un *jukebox* parecía que vieran algo así como un ser vivo, una especie de animal doméstico: «desde ayer no le da la gana de funcionar del todo», «yo no sé lo que le pasa hoy, está loco»–. Para él, ¿de hecho daba igual una de estas máquinas que otra? – No, había diferencias decisivas, entre aversión declarada y ternura, literalmente, o bien reverencia decidida y clara. ¿Ante un producto hecho en serie? –Ante las huellas que el hombre había dejado en él. Para él lo que es la forma del aparato con el tiempo fue contando aún menos. Para él el *jukebox*, como producto de guerra, podía ser incluso de madera, y en vez de llamarse Wurlitzer, podría llamarse «Arca de música», «Sinfonía» o «Fanfarria» y tener el aspecto de una de esas maravillas de la economía alemana, podía

incluso carecer totalmente de luces y, como algo que se ha dejado enfriar, ser de cristal oscuro, opaco, sin ruido, siempre que, después de introducir una moneda, se iluminara el letrero de las múltiples elecciones posibles y, después de apretar la tecla, desde dentro empezara el zumbido, acompañado de la luz que, fuera, en la parte frontal del cristal negro, busca el disco. Ni siquiera aquel sonido especial de *jukebox* era ahora ya algo tan decisivo para él, aquel sonido que parecía salir de las profundidades, como si estuviera debajo de muchas capas mudas, aquel ronquido tan peculiar que muchas veces sólo se oía escuchando con atención, de un modo parecido, pensó él una vez, a como en el relato de William Faulkner justamente la «corriente», en la tierra inundada por ella hasta el horizonte, se oye bajo las aguas del lago, tranquilas y quietas, como *the roaring of the Mississippi*: si era necesario se contentaba con una caja de música de pared, donde el sonido salía más plano o más metálico –de hojalata– que en cualquier radio portátil, y si no había más remedio, cuando en medio del ruido del bar el sonido se había hecho inaudible, se contentaba con una cierta vibración rítmica del aire en medio de la cual él oía el estribillo, o aunque fuera sólo un compás de la música –condición indispensable– que él había escogido, de todo lo cual luego, en su oído, de vibración en vibración, se iba tocando la canción entera. En cambio, tenía una aversión especial por aquellos musicbox donde la oferta de canciones, en lugar de ser única y clasificada «de un modo personal» en el lugar donde se encontraba la máquina, formaba ella misma parte de una serie, igual de un lugar a otro, a lo largo de todo un país, sin variaciones, y prescrita, más aún, impuesta a cada uno de los bares por una central sin nombre que él podía imaginar sólo como una especie de mafia, la mafia de los *jukebox*. A estos bloques en serie –en todos los países era ahora casi lo único que había–, sin variedades, en los que sólo se podía elegir entre lo que precisamente en aquel momento era lo actual, se les reconocía en una cosa, aunque estuvieran metidos en esas cajas antiguas y dignas modelo Wurlitzer: en que el programa ya ni siquiera estaba escrito a máquina sino impreso con anterioridad y cubriendo toda la superficie de letreros aislados en los que se leía el nombre del cantante y el título de la canción. Sin embargo, curiosamente, él evitaba también aquellos *jukebox* en cuyo cuadro de programas, como en la carta de determinados restaurantes, se veía la letra de

una sola persona, de arriba abajo, de izquierda a derecha, aunque por regla general, precisamente allí, cada uno de los discos pareciera destinado únicamente a él: para él, el programa de un *jukebox* no debía encarnar ninguna intención –por noble que ésta fuera–, ningún conocimiento de la materia, ninguna condición de iniciado, ninguna armonía; tenía que presentarle una mezcla desordenada, con su parte de desconocido (que aumentara de año en año), y además un buen número de piezas para huir, pero entre ellas, y éstas eran las que más tenían el carácter de joyas, justamente aquellas melodías (bastaba con que se pudieran sacar unas pocas del caótico campo) que en aquel momento iban con él. También estos *jukebox* se daban a conocer por las tablas en las que estaban las piezas que se podían elegir; con el revoltijo de lo escrito a máquina y lo escrito a mano, y sobre todo con la multiplicidad de caligrafías, que a menudo cambiaban de un letrero a otro, una con letra de palo, a tinta, la siguiente con el estilo descuidado, casi taquigráfico, de una secretaria, pero la mayoría, a pesar incluso de la gran variedad de lazos y de las muchas direcciones que tomaban las letras, dando la impresión de un especial esmero y una especial seriedad; algunas, como si fueran hechas por niños, como pintadas, y, en medio de todas las faltas, muchas veces nombres de canciones escritos con total corrección (incluidos acentos y guiones de enlace), nombres de canciones que probablemente habían sido muy exóticos para la camarera de turno; el papel, a veces ya amarillo; los letreros, pálidos y difíciles de descifrar, quizás incluso cubiertos con pequeñas etiquetas pegadas encima en las que hacía muy poco habían escrito un título diferente, pero que, transparentándose, aunque no se pudieran leer, permitían adivinar muy bien lo que había escrito. Con el tiempo, al buscar en el cuadro de canciones de un *jukebox*, en lo que más se fijaba él no era en «sus» discos sino en aquellos que estaban señalados con estas letras manuscritas, aunque sólo hubiera uno. Y ocurría que éste, aunque le fuera extraño, o completamente desconocido, era precisamente el que escuchaba. Así, en cierta ocasión, en un bar de norteafricanos de las afueras de París, delante de un *jukebox* (reconocible inmediatamente como un envío de la mafia por su cuadro de números uniforme, escrito todo él en francés) descubrió sin embargo en la parte lateral una pegatina escrita a mano, con letras muy grandes, irregulares, cada una grabada como si fuera un

signo de exclamación; escogió la canción árabe que, como si dijéramos, habían «colado» entre las otras –luego la volvió a escoger más veces–, y ahora él seguía acompañado por aquel SIDI MANSUR, cuyo sonido llegaba hasta muy lejos y que –esto dijo el barman, que por un momento despertó de su mudéz– era el nombre de un «lugar especial, desacostumbrado» («¡uno no va allí sin más!»).

¿Significaba esto que él lamentaba la desaparición de sus *jukebox*, esos objetos de ayer, que probablemente tampoco tendrían un segundo futuro?

No. Él lo único que quería, incluso antes de que se le escapara de la vista, era retener y hacer valer lo que para uno podía significar una cosa, y sobre todo lo que podía salir de una mera cosa. –El restaurante de una instalación deportiva que se encuentra a las afueras de la ciudad de Salzburgo. Fuera. Un atardecer claro de verano. El *jukebox* está fuera, junto a la puerta, que está abierta. En la terraza, en las distintas mesas, gente que está tomando algo, holandeses, ingleses, españoles, conversando en su lengua, pues el establecimiento sirve también al camping que está al lado, delante del campo de aviación. Comienzos de los años ochenta; el aeropuerto no es aún el «Salzburg Airport»; ha aterrizado el último avión, a la puesta del sol. Los árboles que hay entre la terraza y el campo de deportes son abedules y álamos; en el aire tibio, un centelleo continuado de hojas recortándose en el cielo, que es de un amarillo profundo. En una mesa están sentados los del país, los miembros de la «Asociación deportiva Maxglan», con sus mujeres. El equipo de fútbol, que entonces era aún de segunda división, aquella tarde ha vuelto a perder un partido y probablemente bajará de categoría. Pero ahora, al atardecer, los afectados están hablando, mientras que junto al ventanuco del bar hay un constante movimiento –yendo a las tiendas de campaña y viniendo de ellas–; en una ocasión hablan también de los árboles. Ellos además los observan: qué grandes se han hecho y qué rectos han crecido desde que ellos, los miembros de la asociación, un día, juntos, arrancaron los retoños de allí delante, de la tierra negra y musgosa, y los plantaron aquí en hileras, en la tierra limosa... La canción que el *jukebox* de fuera saca –en las pausas, el susurro y el frotar de las hojas y la regularidad de las voces–, en aquel atardecer, repitiéndose en el lento oscurecer, la canta la voz decidida y alegre de Helen Schneider y se llama «Hot Summer Nites».

Sin embargo, dentro el bar está completamente vacío y por las ventanas, que están abiertas, las cortinas, blancas, entran en la habitación empujadas por el viento. Luego sí hay alguien sentado en un rincón, una mujer joven que llora sin que se la oiga. –Años más tarde. Un hostel, una *gostlina*, en una cima del karst yugoslavo, algo apartada de la carretera que pasa por Stanjel (o San Daniele del Carso). Dentro. Un *jukebox* enorme, vetusto, al lado del armario, en el camino que va a los servicios. Detrás de un cristal sintético se ve el círculo de discos y el plato. Para ponerlo en marcha, en vez de monedas se usan fichas, y además no basta con apretar la tecla –sólo hay una– sino que antes hay que hacer girar un círculo, una escala, hasta que coincidan el número deseado y la raya indicadora. Entonces el brazo mecánico pone el disco con una elegancia comparable al modo como un camarero que domina perfectamente las formas articula el codo para servir un plato. La *gostlina* es amplia, con varias habitaciones, que en este atardecer de principios de otoño –fuera, por encima del altiplano, desde las montañas del norte sopla el *burja* o *bóreas*, sin que ni por un momento disminuya la intensidad– están llenas de gente, casi todos jóvenes: una fiesta de fin de curso de varias clases de todas las repúblicas de Yugoslavia; se han encontrado aquí por primera vez, para estar juntos unos días. En una ocasión, la típica señal del tren del karst, atravesando el viento, llega desde abajo, de las rocas, con el oscuro sonido de un traspasador de montaña. Frente a la habitual foto de Tito, en una pared cuelga otra de un desconocido, también en color pero mucho más grande: es el retrato del que regentó este local, que se quitó la vida; su mujer dice que no era de aquí (aunque sí del pueblo más cercano del valle). La canción que, una y otra vez, atraviesa esta noche las salas –un alumno tras otro van apretando la tecla– la cantan como si fuera un canto al unísono pretencioso y autosatisfecho, pero a la vez infantil y alegre, un canto al unísono que incluso, como representando un pueblo, es adecuado para bailar, y tiene como estribillo una única palabra: «¡Jugoslavija!». –Una vez más, años más tarde. De nuevo un atardecer de verano; todavía no ha llegado el crepúsculo; esta vez en el lado italiano del karst, más exactamente, en la frontera misma del zócalo calcáreo que en tiempos se levantó del mar, de la depresión sin rocas que está marcada aquí por las vías de la estación de Monfalcone: al otro lado de ellas, inmediatamente, el desierto de piedra del altiplano que va

subiendo despacio, tapado en esta parte de las vías por un bosquecillo de pinos; en el lado de acá, el edificio de la estación, rodeado por una vegetación de pronto completamente distinta de cedros, palmeras, plátanos, rododendros, junto con el agua de allí, que, por un grifo que han dejado abierto sin preocuparse, mana abundantemente de la fuente de la estación. El *jukebox* está en el bar, debajo de la ventana, que, después del calor del día, está abierta de par en par; la puerta también está abierta, da a las vías. Por lo demás el bar no tiene casi muebles; los pocos que hay los han apartado a un lado, y ya están limpiando. En el suelo de terrazo mojado se reflejan las luces del *jukebox*, un brillo que luego va desapareciendo conforme se va secando el piso. La cara de la camarera del bar, en la ventana, en comparación precisamente con las caras bronceadas de los tres o cuatro viajeros que esperan fuera, se ve muy pálida. Luego, después de la salida del rápido Trieste-Venecia, el edificio aparece vacío; únicamente, en un banco, dos adolescentes que se pelean a voz en grito; su campo de juego es en este momento la estación. De la oscuridad que hay entre los pinos de karst de enfrente salen ya aleteando las mariposas nocturnas. Un tren de mercancías, largo, precintado, pasa ruidoso y chirriante; fuera, junto a los vagones, lo único claro, los pequeños plomos que se balancean en sus cuerdas. Con el silencio que sigue –es el momento que hay entre las últimas golondrinas y los primeros murciélagos– empieza en aquel lugar el sonido del *jukebox*. Los muchachos siguen peleando un rato más. No para escuchar, sino más bien de un modo casual, dos funcionarios que estaban en sus despachos salen al andén, y de la sala de espera llega una limpiadora. De repente, en aquella zona se ven figuras que hasta ahora habían pasado inadvertidas. En el banco que hay junto al haya, uno que está durmiendo. En la hierba que hay detrás de los servicios están sentados un grupo de soldados, sin rastro de equipaje. En el andén de Udine, apoyado en un pilar, un negro corpulento, también sin equipaje, no lleva más que lo puesto, una camisa y un pantalón, abismado en un libro. De la espesura de pinos que hay detrás, describiendo curvas, una detrás de otra, casi pegadas, salen una y otra vez una pareja de palomas. Parece como si todos los que hay aquí no fueran viajeros sino los habitantes, o los residentes, de la zona de la estación. El centro de esta zona es la fuente de agua potable, que forma espuma, que vuela empujada por la brisa, que

salpica, y alrededor, en el asfalto, las huellas de muchas suelas mojadas, con las cuales el último que bebe, ahora, de un modo expreso, mezcla las suyas. Un poco más allá, siguiendo las vías, alcanzable a pie, el río subterráneo del karst, el Timavo, sale a la luz, con tres brazos, que en tiempos de Virgilio, según la *Eneida*, eran todavía nueve; se ensancha enseguida y desemboca inmediatamente en el Mediterráneo. La canción que se oye en el *jukebox* habla de la carta de una mujer joven, de una mujer que ha ido a parar muy lejos de su región, y tanto de lo habitual como de lo soñado, y que ahora es un asombro plenamente animoso, quizás también triste; la canta a un país sumido en el atardecer, el país de la estación de Monfalcone, la voz de amiga de Michelle Shocked y se llama «Anchorage, Alaska».

Durante las semanas que estuvo en Soria, a veces él conseguía pensar en lo que estaba haciendo: «Estoy haciendo mi trabajo. Éste me corresponde». Junto a esto, en cierta ocasión le vino a la mente aquel «tengo tiempo», como el grande y único pensamiento, sin aquel otro que solía acompañar a éste. Llovía y había tormenta casi todos los días en la meseta de Castilla, y él los lápices los utilizaba también para sujetar la cortina a las rendijas de la ventana. Todavía más le seguía molestando el ruido. El sacar las escamas de los peces, abajo, delante de la puerta de la cocina, se convirtió en la actividad de partir con el hacha animales completamente distintos, algo que tenía lugar todos los días, y los caminos que describían lazos tan elegantes, fuera, en la misma falda de la estepa, resultaron ser un trayecto de moto-cross. (Soria, le dijeron, se presentó incluso al campeonato europeo.) Visto por televisión, este deporte, con sus héroes que saltan por los aires como impulsados por un muelle, parecidos a figuras de un videojuego, era algo digno de admiración, pero ahora, junto a la mesa, el zumbido de un avispon ante su cabeza, en comparación con esto, le parecía una bendición. Siempre, después de estar en camino, él volvía al trabajo lleno de fuerza –de su especie de fuerza–, y en medio del tumulto la perdía inmediatamente. El estrépito destruía; no sólo destruía algo para aquel momento sino para siempre. Lo preocupante era que en esto él corría el peligro de que a la actividad que él llevaba a cabo, aprehender imágenes con el sentimiento y poner las palabras que correspondieran a estas imágenes –algo que requería aislamiento–, la tuviera él en poca estima. Por otra parte, de hecho a veces él se había extraviado en el

silencio, y, justamente en este estado de debilidad –de duda, más aún, de desesperanza– y saliendo puro del silencio y a pesar del entorno, se encontraba cada vez fortalecido al emprender nuevamente su actividad. Todos los días trazaba él su arco pasando por la fachada de Santo Domingo –no, en contraposición con lo que ocurría con los edificios nuevos que había detrás, esto no era la parte frontal de un edificio–. De ella salía paz, lo único que tenía que hacer él era recibirla. Asombrosas las formas narrativas de las historias contadas en las esculturas: Eva, llevada a Adán por Dios, al mismo tiempo estaba ya espalda con espalda con su esposo, que en la escena siguiente está mirando hacia arriba, al árbol del bien y del mal; y el anuncio de la Resurrección, hecho por una de las mujeres al primero de la larga fila de apóstoles, tal como se podía ver en la actitud parlante de los cuerpos, se transmitía ya a los de detrás; sólo el último, inmóvil, parecía no saber nada aún. Antes de ponerse a trabajar, él andaba dando pequeños pasos, después pasos más grandes, no por un sentimiento de triunfo sino porque sentía vértigo. Andar montaña arriba le hacía respirar más profundamente y pensar de un modo más claro, pero el camino no debía ser demasiado empinado, porque si no se le calentaban demasiado los pensamientos. Del mismo modo prefería andar contra corriente a andar en la otra dirección; esto tenía algo de un ir en contra, tenía incluso la energía que esta dirección implica. Cuando quería apartarse de las cavilaciones, tomaba el camino que pasa por encima de las traviesas de la vieja línea de tren Soria-Burgos, o, más lejos aún, salía de Soria e iba a la oscuridad, donde tenía que tener cuidado a cada paso que daba. Cuando luego, de las tinieblas de la estepa, volvía a las calles, era tal la tensión que le había quedado del ir tanteando al andar, que quería relajarse delante del juego de las figuras de Santo Domingo y quería quitarse a golpes la rigidez de la cara. Repetía sus caminos, sólo que cada día añadía una variante; y en ello le parecía como si todos los demás caminos esperaran a que anduviera por ellos. En el Paseo Antonio Machado había pañuelos y preservativos de años enteros. Durante el día, andando por la estepa, a excepción de él casi no había más que viejos, hombres, por regla general solos, con los zapatos gastados; antes de sonarse, en una operación compleja, sacaban sus pañuelos, doblados, y los agitaban. Antes del trabajo se puso como norma saludar por lo menos a uno de ellos, incluso con la intención de

que le devolvieran el saludo; hasta no haber vivido el momento de esta sonrisa no quería ir a su habitación; a veces incluso se quedaba parado a propósito y dejaba que le adelantaran, para llegar al «hola» y a la inclinación de cabeza. Antes, en el bar más céntrico de Soria, junto a una gran ventana, con ayuda del diccionario, leía todos los días el periódico. «Llavero» era el *Schlüsselbund*: con el llavero levantado, una mujer tomaba parte en una manifestación en Praga; «dedo pulgar» era el *Daumen*: el presidente norteamericano, como signo del éxito que tuvo la excursión, salpicada de sangre, a Panamá, levantaba el dedo pulgar en el aire; «puerta giratoria» era la *Drehtür* (por la que en su tiempo Samuel Beckett entró en la parisina *Closerie des Lilas*). La noticia de la ejecución de la pareja Ceauçescu no la leyó con satisfacción sino con el viejo, recién despertado, terror ante la historia. Siempre que tenía ocasión, él seguía descifrando los caracteres de Teofrasto, y a muchos de ellos, por lo menos en algunos de sus rasgos –que además tal vez él reconocía como suyos–, les tomó cariño; le parecía que las debilidades y tonterías de aquéllos eran signos que indicaban que eran hombres solitarios que no se arreglaban con la sociedad, en este caso con la polis griega, y que, con el fin de pertenecer a ella de algún modo, jugaban a la desesperada su ridículo juego; el hecho de que fueran más activos de lo normal, de que quisieran aparentar una juventud que no tenían, de que fueran fanfarrones o, lo que más saltaba a la vista, el hecho de que fueran siempre la «gente del momento inoportuno», muchas veces provenía sólo de que ni siquiera entre sus hijos y esclavos encontraban su sitio. De vez en cuando él miraba por la ventana y levantaba la vista a un plátano –con algunas hojas aún, pocas– y a un arce que había al lado, completamente pelado ya, en el que, en cambio, casi confiados, excepto cuando había una tormenta fuerte, como si fueran yemas, estaban acurrucados los gorriones, tan silenciosos y tan quietos, que a su lado las hojas dentadas que, sin moverse de su sitio, se balanceaban, aleteaban y, como estremeciéndose, hacían movimientos bruscos, parecían más pájaros que aquéllos. El sentimiento más fuerte de estar en aquel lugar lo tenía él abajo, junto al puente que hay sobre el río, no tanto a la vista de los arcos de piedra y del agua invernal que pasaba oscura por debajo, como mirando el letrero que se encuentra en la parte alta del puente: RÍO DUERO. Uno de los bares que había en el umbral de este puente

se llamaba «Alegría del puente»⁷, y así que leyó el letrero, emprendió enseguida el *rodeo*⁸ para entrar allí. De los terraplenes de las orillas, allí donde no había roca desnuda, asomaban de la tierra bloques glaciares pulidos y de forma redondeada; en los restos de las murallas de la ciudad, fuera, lejos, en la estepa, el viento de los siglos había dejado estrías, hundimientos y dibujos en la arenisca amarilla, y algunos palacios antiguos de la Plaza Mayor los vio asentados sobre zócalos de cantos rodados, pegados, como con cemento, por la naturaleza, hundidos en tiempos en el fondo de los lagos glaciares. Al pasar, poder leer un poco en el paisaje era algo que le hacía tierra, y se enteró de que en España la geografía había sido siempre una criada de la historia, de las conquistas y del trazado de fronteras, y de que es ahora cuando se empieza a prestar más atención a los «mensajes de los lugares». A veces, justamente en invierno era cuando vivían los colores. Mientras que el cielo se ponía de color de azufre, abajo verdeaba un campo de labor dejado en barbecho, e incluso los senderos que atravesaban los campos de ruinas se mostraban de un color verde musgo. Mientras hacía rato ya que todo estaba sumido en la luz del crepúsculo, un matorral de escaramujo formaba un arco de color rojo brillante. Una pareja de urracas levantó el vuelo produciendo un zumbido; sus alas volvieron a iluminar el aire, como ruedas que giran a toda velocidad. Los días que no llovía, alrededor de la ciudad se levantaban pequeñas columnas de polvo, y él se hacía una idea de lo que debía de ser el verano aquí. Por la meseta pelada pasaban sombras de nubes, como arrancadas del fondo de ésta, como si en todas partes hubiera sombras de nubes, pero como si aquí, en Castilla estuviera su patria. Una vez, durante una hora, por la mañana, no hubo viento; en la claridad del sol, tanto la sierra del norte como la del este se veían nevadas por primera vez, y aunque ambas cordilleras estaban a la distancia de un breve viaje en avión, él, durante aquella hora de calma, podía ver las laderas resplandecientes, con manchas de nubes, inmóviles. Mentalmente estaba tan ocupado con la nieve, que en una ocasión, sin darse cuenta, delante de la puerta se la sacudió de los zapatos. Algunas veces, también al salir a tientas por los páramos (él se mandaba ir allí a propósito), durante un breve lapso de tiempo se aclaraba el cielo nocturno, y entonces era más sorprendente ver cómo Cástor y Pólux mostraban su distancia fraterna,

Venus brillaba, Aldebarán destellaba al modo arábigo, la W de Wega ensanchaba los muslos, la Osa Mayor doblaba la lanza, y la liebre, cruzando el firmamento en dirección horizontal, corría disparada huyendo del cazador Orión. La Vía Láctea, con sus numerosas ramas en forma de delta, era el pálido reflejo del relámpago inicial del Universo. Extraño y singular el sentimiento de «largo tiempo» que tuvo durante su diciembre en Soria: ya después del primer día de haber estado escribiendo descubrió el río, abajo, con este pensamiento: «¡es éste, sí, el viejo Duero!»; cuando un fin de semana dejó de hacer su ronda por el bar «Río»⁹, estando después delante de la pequeña estufa de hierro de este bar, para él fue como si «desde hacía una eternidad» no hubiera hecho una visita a aquel cilindro gris; pensó –hacía apenas una semana que había llegado, deambulando por delante de la estación de autobuses, describiendo curvas–: «¡aquí salí yo aquella vez con la maleta a la lluvia!». En medio del sonido atronador de la tormenta, abajo, en la hierba de la estepa, el paso torpe de una tortuga. A las hojas de los plátanos, antes de caer se les rompía primero el tallo, formaba flecos, giraba por los flecos. En el jardín, lleno de barro, en el que los tomates, todavía verdes, estaban en el suelo para que se los comieran los animales, ¿era el gallo el que agitaba las plumas que llevaba detrás o era el viento? Sus animales heráldicos, no obstante, eran aquellos perros que él, al atardecer, veía ir a casa, dando rodeos, cojeando, a tres patas: también a él, por regla general, después de sus caminatas diurnas, se le doblaba una rodilla. En una ocasión en que Soria, según el periódico, no fue la ciudad más fría de España, él se sintió decepcionado. A la Calle Mayor sacaron un tiesto con la flor roja de Navidad, bajo las hojas verdes de los plátanos, las que no habían caído aún, mojadas siempre; en aquellas semanas ni una sola vez se secaron los estanques que había en torno a las artesas formadas por las raíces. La niebla era de un color gris oscuro y, desde los pinos de montaña, hacía que, de un modo tanto más amenazador, despuntaran los muchos capullos blancos con las procesionarias que comen pinochas. El día de Navidad llovió tanto que, en su habitual paseo, atravesando la ciudad, aparte de él en la calle sólo apareció un gorrión. Luego, de la cárcel provincial, sin paraguas, salieron una mujer muy baja y su hijo, alto, y, atravesando el campo embarrado, fueron a una barraca de refugio que habían colocado allí, y él se imaginó que, detrás

de aquellos muros, que tenían la altura de una casa, acababan de ir a ver a un pariente suyo, uno de los vascos que estaban en huelga de hambre, y que acamparían allí hasta que lo liberaran. Al atardecer, de repente, entre las madejas de lluvia, cayó un relámpago y le alcanzó con fuerza en la frente y el mentón, y cuando miró estaba viniendo un coche de fuera, con el techo blanco, y arriba, en la oscuridad de la noche, unos cuantos copos, al caer, empezaron a quedar suspendidos en el aire: «Nieve», pensó él, sin darse cuenta su primera palabra en español. Una vez, en un bar, sin el habitual tono gitano de inutilidad, alegre, convencido, con el gesto de un mensajero, oyó cante flamenco, y de nuevo se imaginó lo siguiente: que esto era al fin la forma adecuada de cantar..., no la *Weihnacht*¹⁰ sino la «Navidad», el nacimiento; así, decían, era como uno de los pastores narraba lo que había vivido en aquella noche santa, y su narración, evidentemente, era al mismo tiempo una danza. Como en todas las partes del mundo, él vio también aquí a los transeúntes que a las primeras gotas de lluvia abrían el paraguas que llevaban siempre preparado, y a la meseta había llegado también la moda de las muchachas jóvenes de quitarse los pelos de la frente con un soplido al entrar en un bar. Atronar del viento, como el rugido de un avión al despegar (uno así, realmente, casi nunca se puede oír sobre la ciudad), en los álamos del Duero. Una gran gallina limpiaba cuidadosamente con el pico la cresta de un pequeño pollo que estaba de pie sobre una pata en el barro. En un almendro pelado había ya una rama con yemas blancas. La mayoría de los males que él conocía de su entorno habitual, incluso los que había en él mismo, aquí, estando como estaba arropado de nuevo por su trabajo, permanecían alejados, y sin embargo un sentimiento de la vida, de esto se dio cuenta él en Soria, a la larga no podía venir de lo que estaba ausente. Había escarcha sobre las raíces de unos árboles que formaban los peldaños de un camino. En una ocasión, mientras él estaba sentado a la mesa, se oyó una detonación, y él la oyó como si fuera la campana de una iglesia.

Al final él creía haberse metido ya en todos los rincones de la ciudad (memorizaba esos «rincones», como si fueran palabras). Quizás llegó a entrar en cien casas, porque, como pudo comprobar mientras iba callejeando concienzudamente, el número de bares de la pequeña ciudad de Soria superaba con mucho el centenar; eran bares apartados, en callejones

transversales, a menudo sin rótulos que los anunciaran; como tantas cosas de las localidades españolas, no se apreciaban a primera vista y sólo los conocían los vecinos del lugar –como si estuvieran reservados para ellos. Una y otra vez encontraba allí poemas de Antonio Machado pegados en la pared, junto a anuncios de las temporadas de caza y retratos de toreros; algunos de estos poemas eran incluso calendarios de pared, otros estaban cubiertos de garabatos, en uno hasta habían pintado una cruz gamada, pero a él le pareció que no lo habían hecho por las razones de siempre sino porque, al menos aquellos que se habían elegido para adornar la pared, trataban el tema de la naturaleza. Era asombrosa la cantidad de bares en los que sólo había jóvenes, y más aún, cómo los bares que eran exclusivamente para viejos, en los que se prohibía expresamente la entrada a los que no lo eran (con una mesa en un rincón para las mujeres): daban la impresión de ser algo aparte, una impresión mucho mayor que la que se tiene con cualquier cosa que tenga que ver con la política. La mayoría de los jubilados de la provincia pasaban aquí, en la capital, sus años de «júbilo», y cuando no estaban en sus bares jugando a las cartas, se sentaban solos y callados junto a la mesa o revolvían y trasteaban sin parar por las habitaciones buscando algo. Jóvenes y viejos, y él, el extranjero, y además: igualmente pálidas, las manos invernales de todos ellos reposaban en los mostradores, mientras que la luz de una farola, fuera, iluminaba, por ejemplo, las marcas que quedaban en un muro de hormigón, de cuando se desplomó el andamio de acero, que entonces, cuando él llegó, había matado a los dos transeúntes.

Además de las ganas que él tenía de hallar la variante de estos lugares, que parecían tan uniformes, sentía el impulso de encontrar, precisamente en Soria, un *jukebox*; al principio llevado sin duda por esa fuerza imperiosa, pero más adelante, cada vez más, porque notaba que habría sido el momento apropiado para su máquina de música: el trabajo, el invierno, los atardeceres después de las largas caminatas bajo la lluvia torrencial. Una vez, a las afueras, en el bar que había junto a la carretera de Valladolid, escuchó un sonido profundo, que luego, naturalmente, no resultó ser otra cosa que el sonido de una máquina de juego, con estaciones de tren fantasma; en el bar de la gasolinera vio el letrero WURLITZER –escrito en una máquina expendedora de cigarrillos–; en una casa en ruinas situada en el *casco*¹¹, el

núcleo urbano, de Soria, alrededor sólo hoyos llenos de escombros, vio en el bar andaluz, decorado con baldosines, el panel de canciones de una Marconi antiquísima, una precursora del *jukebox*, como simple adorno de pared; la única vez que él consiguió ver su cosa en Soria fue en el cine REX, en una película inglesa cuya acción tenía lugar a comienzos de los años sesenta: allí estaba, en la habitación de atrás, en el momento en el que el protagonista, camino de los urinarios, pasaba por su lado. El único, por decirlo así, *jukebox* viviente en España seguía siendo para él el de Linares, Andalucía. También entonces, en primavera, había necesitado una de estas máquinas de música: el trabajo, el ajeteo de Semana Santa. Aquel *jukebox* con el que él se había topado poco antes de partir –había abandonado ya la búsqueda desde hacía tiempo– le dio la bienvenida en un sótano de una calle lateral. Un bar del tamaño de un trastero, sin ventanas, sólo la puerta de entrada. El horario de apertura era irregular, y en el caso de estar abierto era sólo por las tardes, pero incluso entonces, a menudo, permanecía apagado el rótulo del bar –había que acercarse a la entrada para ver si, excepcionalmente, había algo de actividad allí. El dueño era un viejo (no encendía la luz principal hasta que llegaba un cliente), casi siempre solo con el *jukebox*. Éste tenía la peculiaridad de que todos los letreros de las canciones que se podían escoger estaban vacíos, algo parecido a lo que ocurre con un panel de timbres de un bloque de viviendas en el que faltan todos los nombres; al igual que todo el bar, parecía estar inactivo; las combinaciones de letras y números aparecían solas, encima de esas tiras de papel vacías. Sin embargo, en la pared, por todas partes, aquí y allá, llegando hasta el techo, había pegadas fundas de discos; junto al título, escrita a mano, la correspondiente combinación, y de este modo, después de haber encendido la máquina –sólo se encendía si alguien lo solicitaba–, el disco que se deseaba escuchar –el vientre de aquel chisme, como destripado, resultó estar lleno de ellos– se podía poner en marcha. Tanto espacio hubo de repente con el retumbar monótono en lo más profundo del acero, en el pequeño refugio, tanta calma se extendió en aquel lugar, en medio de la agitación española y de la propia... Eso fue en la calle Cervantes de Linares, con el cine enfrente, al que habían dejado abierto, con lo que quedaba de su cartel de «estreno», y las bolas de papel de periódico y las ratas que había en el vestíbulo enrejado, en la época en la que, en la estepa

que hay a las afueras de la ciudad, florecían las yemas duras de la manzanilla, y más de treinta años después de que, en la plaza de toros de Linares, un toro matara a Manuel Rodríguez, llamado Manolete. Unos pasos más abajo del bar, que se llamaba «El Escudo»¹², estaba el restaurante chino de Linares; para un forastero, a veces, un lugar de calma similar al *jukebox*. En Soria, sorprendentemente, él también se topó con un restaurante chino que estaba como escondido; parecía que estaba cerrado, pero la puerta se abrió, y cuando él entró encendieron las grandes lámparas hechas con globos de papel. Esa tarde él fue el único cliente. Él no había visto nunca por la ciudad a la familia asiática, que en estos momentos comía en la mesa larga del rincón y que después desapareció en la cocina. Sólo se quedó la muchacha, que le servía la comida en silencio. En las paredes había cuadros de la Gran Muralla, de la que el local había tomado su nombre. Era extraño cómo, al meter la cuchara de porcelana en el cuenco de sopa oscura, asomaban las cabezas claras de los brotes de soja, aquí, en la meseta castellana, como si fueran figuras de una película de dibujos animados, mientras que en la tormenta nocturna, al otro lado de la ventana, chasqueaban las ramas de los álamos. La muchacha joven, que, aparte de esto, no hacía nada, sentada en la mesa contigua a la de él, iba dibujando caracteres chinos en un cuaderno, muy pegados unos a otros, con una forma de escribir mucho más regular que la de él en esas últimas semanas (no sólo las ráfagas de tormenta, la lluvia y la oscuridad, mientras él hacía anotaciones al aire libre, desde que había comenzado su trabajo, habían deformado su letra de tal manera), y mientras él no dejaba de observarla, a ella, que en ese lugar, en esa España, tenía que ser, sin duda, mucho más extranjera que él, sintió con asombro que era realmente ahora y no antes cuando él se había marchado de allí de donde procedía.

1. En el texto original estas palabras están en castellano. (*N. de los TT.*)

2. En el texto original estas palabras están en castellano. (*N. de los TT.*)

3. En el texto original estas palabras están en castellano. (*N. de los TT.*)

4. En el texto original estas palabras están en castellano. (*N. de los TT.*)

5. En el texto original estas palabras están en castellano. (*N. de los TT.*)

6. En el texto original estas palabras están en castellano. *(N. de los TT.)*
7. En el texto original estas palabras están en castellano. *(N. de los TT.)*
8. En el texto original estas palabras están en castellano. *(N. de los TT.)*
9. En el texto original, esta palabra está en castellano. *(N. de los TT.)*
10. En alemán esta palabra significa «noche sagrada». *(N. de los TT.)*
11. En el texto original esta palabra está en castellano. El autor parece referirse a lo que en castellano se denomina como «el casco antiguo». *(N. de los TT.)*
12. En el texto original estas palabras están en castellano. *(N. de los TT.)*

Título original: *Versuch über die Jukebox. Erzählung*

Edición en formato digital: 2019

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1990.

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Eustaquio Barjau, 1992, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-531-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es